



CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS
Maestría en Ciencias Sociales con Especialidad en Sociología
I Promoción

**NARRARSE MUJER, NARRARSE HOMBRE:
NARRAR DESDE EL GÉNERO LA TRANSICIÓN A LA ADULTEZ**

Tesis para optar al grado de Maestría en Ciencias Sociales con especialidad en
Sociología que presenta:

Andrea Alicia Vizcaíno de la Torre

Directora: Dra. Ana María Tepichin

Lectora: Dra. Cristina Herrera

**NARRARSE MUJER, NARRARSE HOMBRE:
NARRAR DESDE EL GÉNERO LA TRANSICIÓN A LA ADULTEZ**

ÍNDICE

Introducción	3
El giro narrativo	6
La identidad narrativa: definición y utilidad analítica	13
La construcción discursiva de las identidades	21
Categorización, identificación y auto-identificación de género	35
La categoría “edad” y la definición de transición a la adultez.....	41
La salida de la escuela, el mercado laboral y la familia: ¿definiciones de la adultez en pugna u organizadas por la división sexual del trabajo?	53
Conclusión: Narrar la transición a la adultez desde el género	60
Bibliografía	65

Introducción

En el habla coloquial, alcanzar la adultez suele ser referida en términos de “hacerse mujer u hombre”. Esta expresión popular deja entrever algún tipo de relación entre el género y la adultez. Ambos conceptos dan cuenta de procesos de identificación que tienen lugar en la experiencia de vida de las personas y están en diálogo activo con los discursos de las instituciones y los contextos culturales que la enmarcan.

En los estudios feministas, se buscó dar cuenta de cómo las identidades de género no son la evidencia de una esencia, sino que se producen en la socialización, siguiendo la conocida fórmula de Simone Beauvoir: “No se nace mujer, se llega serlo”. A su vez, la introducción del concepto de “interseccionalidad” propició la ruptura con la idea de que las categorías de mujer y hombre son unívocas. Por el contrario, el género es un principio de organización jerárquica de las relaciones sociales, construido a partir de la diferencia sexual, que atraviesa (y está atravesado por) otras formas de desigualdad. Los desarrollos sobre interseccionalidad han sacado a la luz la enorme diversidad de maneras en que “se llega a ser” mujer y pone un interés especial en revelar las experiencias de vida de mujeres que se encuentran en la intersección de múltiples coordenadas de desigualdad.

A su vez, los estudios de transición a la adultez han buscado desbancar concepciones normativas de cómo se accede a dicho estatus social. Numerosas investigaciones han mostrado cómo estas concepciones tienen muy poca utilidad para entender las experiencias de vida de personas ubicadas en distintas posiciones de la estructura social. El género, la clase social, la etnia, entre otras, son todas categorías que ponen en duda la pertinencia de sostener que hay una vía única de acceso a la adultez. Asimismo, demuestra que el desvío de estas trayectorias normativas se traduce en desventajas y refuerza la desigualdad al interior de las sociedades. Esto indica que el proceso de adquisición de autonomía y nuevas responsabilidades así como de mayor

control sobre la propia vida respecto a una serie instituciones (familia, mercado, Estado, etc.) –elementos que definen la adultez- no se distribuyen de la misma manera en la sociedad.

Si ambos procesos de identificación se relacionan, la conceptualización de dicha relación plantea un desafío teórico tanto para los estudios de género como los de transición a la adultez. El reto reside en estudiar la relación de los dos procesos de identificación sin descuidar la complejidad que los avances en los dos ámbitos han logrado mostrar. El camino que se eligió para enfrentarlo es a través de la recuperación de narrativas personales, a partir de las cuales las personas interpretan sus experiencias de vida relativas a la adultez a la luz del género. En este trabajo, la propuesta consiste en que los procesos de categorización, identificación y autoidentificación de género se reflejan en las narrativas de transición a la adultez. En otras palabras, se propone que la adultez no es una categoría neutral y que la transición a dicho estatus puede ser explorado como un proceso de constitución de los individuos en sujetos sociales sexuados, posibilitado por el acto interpretativo de narrar. Todos, a pesar de las experiencias de vida diferenciadas en razón del sexo, clase, etnia, etc. llegan a ser adultos, lo que demuestra la ambigüedad y la multiplicidad de significados atribuidos a la categoría social de la adultez.

Más allá del “punto de llegada”, se considera que es de vital importancia recuperar las narrativas que varones y mujeres hacen de sus “transiciones a la adultez” para dar cuenta de la varianza de interpretaciones que le dan a estas vivencias. Estudiar relatos de vida permitiría entrever ciertas características de las estructuras narrativas (selección de eventos, valoraciones afectivas, entre otros) que dan cuenta de la influencia que tiene en los relatos, el proceso simultáneo de identificación de género. El interés que subyace a esta discusión conceptual es servir de base para una investigación empírica que pretende explorar si es que el proceso de identificación de género produce patrones diferenciados por sexo en las narrativas de transición a la adultez y proponer una explicación a dichos patrones.

Este documento tiene como objetivo principal plantear una discusión conceptual sobre la pertinencia de utilizar el enfoque narrativo como un puente analítico entre el proceso de identificación de género y el pasaje a la adultez. El enfoque plantea que la narración es la forma en la que los seres humanos dan sentido a la experiencia de vida, en

que la interpretan y, al mismo tiempo, se interpretan. Esto indica que, a pesar de que teóricamente se puedan pensar los procesos de identificación de género y de acceso a la adultez por separado, las personas no experimentan la vida de manera fragmentada. Sin embargo, la turbiedad de la experiencia de vida parece apaciguarse en la superficie de la narración y es entonces que nos refleja una imagen de nosotros mismos. Las narraciones que hacen las personas de sus vidas no son retratos “naturalistas” de sus experiencias, sino ejercicios de interpretación, en donde las distintas dimensiones de su identidad se unifican en una voz narradora. Por esto, se propone que “hacerse” hombre o mujer bien podría ser remplazado por “narrarse”.

En este sentido, se considera que el enfoque narrativo es útil puesto que permite integrar dos concepciones de la identidad en apariencia irreconciliables: la noción de identidad como fragmentada y la unificada. La persona puede identificarse con un abanico de grupos sociales, pero al narrar su experiencia lo hace desde una primera persona íntegra que se mueve en el tiempo, a través de lugares, interacciones y circunstancias. La identidad cartesiana se descubre posible, pero no como una entidad tangible, sino como un artificio posibilitado por la narración. Un artificio con varias dimensiones que se desarrollan en paralelo y se tejen en la narración de individuos inmersos en tanto en redes sociales como en contextos culturales e institucionales, urdimbres de interlocución, donde coexisten discursos dominantes tanto de género como de categorías de etapas de vida.

En un primer apartado, se buscará hacer una revisión somera de la historia reciente del llamado “giro narrativo”, la corriente teórica sobre la que reposa este trabajo. Después, se profundizará en el concepto de identidad narrativa, sus principales características y su utilidad para el análisis que buscamos desarrollar. La definición de la identidad narrativa deja en claro que hay discursos sobre las identidades que superan la dimensión individual, que son sostenidos por los marcos institucionales en los que las personas se desarrollan. En el tercer apartado se revisarán los elementos de la construcción discursiva de las identidades.

En el cuarto apartado, se explorarán los elementos de una concepción procesual de la identidad de género, donde se consideran sus tres vías de desarrollo: la categorización, que está dada por los actos de nominación de las instituciones que sostienen los *habitus* sexuales; la identificación, que es la dimensión relacional de las identidades y, finalmente,

la autoidentificación, que es la vía por la cual el individuo internaliza el *habitus*, representa y cumple expectativas, pero también las desafía, y que se expresa en las narraciones.

En el siguiente apartado, se explican las características de la transición a la adultez en el marco de una construcción social de las etapas de vida. Esta especificación nos permite pasar al último apartado, que busca ser una síntesis de los anteriores. Aquí se propone que la división sexual del trabajo, al atravesar las experiencias de vida ligadas a los procesos de identificación de género y de acceso a la adultez, configuran la experiencia de vida de las personas y por lo tanto, los significados y valoraciones que se les atribuyen en las narraciones.

Si el desenlace de la historia es el mismo, las diferencias en la forma de narrarlo nos dan cuenta de los distintos caminos que las personas, marcadas por identificaciones de género, siguen para llegar a la adultez. Como dice el poema de Kavafis, “Ítaca te brindó tan hermoso viaje... Así, sabio cómo te has vuelto, con tanta experiencia, entenderás ya qué significan las Ítacas”. Estos distintos caminos son la experiencia que funda el significado que los individuos adjudican a la adultez, desde sus posiciones en la estructura social, y no se pueden pensar por separado.

El giro narrativo

Aunque sus orígenes se pueden rastrear hasta Aristóteles y San Agustín, el interés actual por el enfoque narrativo puede ubicarse en la década de 1980, cuando varios autores –notablemente Mijail Bakhtin, Paul Ricoeur, Jerome Bruner y Charles Taylor– sostuvieron la centralidad de lo narrativo para la aproximación a lo social. Los autores provenían de una gran variedad de disciplinas como la lingüística, la psicología, y la filosofía. No obstante, sus pronunciamientos concuerdan en una idea básica: el ser humano le da sentido a la experiencia y a sí mismo a través de la narración.

De acuerdo con Polletta *et al*, antes de los ochentas, lo narrativo fue tratado por dos vertientes sociológicas: el interaccionismo simbólico y la etnometodología. Estas corrientes utilizaron las historias desde la perspectiva de su utilidad para el orden interactivo. Sin embargo, las consideraciones teóricas avanzadas en la década de 1980 permitieron comprender la centralidad del esquema narrativo para los procesos cognitivos y la

constitución del yo y la comunidad. En este sentido, las historias que la gente narra tomaron una nueva importancia al ofrecer un “*insight into the ways they fashioned identities from available cultural materials. The same was true of collective identities. The stories told by groups, communities, and nations created bonds of belonging and identity*” (Polletta et. al, 2011:113).¹

Este enfoque adquiere notoriedad a partir de la década de 1990. Es en esta década, cuando se observó un aumento considerable de publicaciones con esta orientación (Polleta et al., 2011, Brockmeier y Harré, 1997). Esto dio lugar a que se hablara de un giro narrativo, que se puede ubicar en uno más amplio, el giro hermenéutico. Estos “giros” en las ciencias sociales sólo se pueden entender en el marco de una crisis epistemológica, un amplio movimiento postpositivista en búsqueda de nuevas vías metodológicas, capaces de superar los problemas y limitaciones de la ortodoxia agotada. Respecto al interés por lo narrativo, Bamberg (2007) lo identifica al “deseo de capturar lo local, la textura de la experiencia, en contra de las abstracciones simplificadoras de la teoría de comportamiento” (Polletta et al, 2011:110, traducción propia).

Aunado a esto, la crisis de las narrativas gobernantes, de los grandes conceptos (el progreso, la civilización, etc.) y de las ideas de la ilustración, despertó el interés por recuperar las narrativas de los márgenes y darle voz a los excluidos. Si estos conceptos reinantes, alguna vez incuestionados, se revelaron sesgados y opresivos, se vuelve preciso recuperar la experiencia “auténtica” y dar vías de acceso a las narrativas excluidas, y sus experiencias verdaderas, ya no más mediadas por los discursos de las elites.

Antonio Bolivar y Jesús Domingo señalan que este enfoque “se ha constituido en una perspectiva específica de investigación que reclama... su propia credibilidad dentro del amplio paraguas de la investigación cualitativa” (2006:3). El giro narrativo viene acompañado de una revalorización del discurso, elemento destacado de la crítica postestructuralista. En palabras de estos autores: “se trata de otorgar toda su relevancia a la dimensión discursiva de la individualidad, a los modos como los humanos vivencian (como decía Ortega, siguiendo a Dilthey) y dan significado al mundo de la vida (“*Lebenswelt*” de Husserl) mediante el lenguaje” (ídem). Sin embargo, las ciencias sociales tardan en

¹ Por otro lado, también se destacó el papel de la narratividad para la construcción de sentido, incluso en la construcción del conocimiento científico para lo que Polletta et al se remiten a los trabajos de Latour y Woolgar (1986) y de White (1980).

desperezarse del largo sueño positivista, donde lo narrativo se alzó como el gran Otro, el espacio de la ficción.

Lo cierto es que el giro narrativo tiene aún que enfrentar reclamos de credibilidad y responder a aquellos que lo acusan de otorgar un peso desmedido a lo subjetivo. A pesar de ir ganando espacios, este enfoque es percibido, por algunos, como una curiosidad anecdótica, más cercana a la creación artística que a la científica. En cierta medida, esto se debe a que en las ciencias sociales no se ha entendido el giro narrativo como una propuesta novedosa de aproximación a lo social sino como un objeto de estudio, una unidad de análisis. Esta vaguedad inhibe la exploración de propuestas teóricas que vale la pena tomar en consideración, como la propuesta de Margaret R. Somers.

Más allá de estas críticas, el nuevo paradigma no ha estado libre de sospechas por parte de autores cercanos a su orientación. Un señalamiento general advierte que el enfoque biográfico narrativo se inscribe en el marco cultural del capitalismo tardío y “contribuye a preservar el mito de un individuo autónomo y libre” (Bolívar y Domingo, 2006:4). Este problema sólo puede evitarse prestando atención a las dimensiones política y social de las narrativas individuales, tanto como a los aspectos personales. Además, es necesario tener en cuenta la orientación “liberal” de entender la narración biográfica como un relato de autorealización. Ambas críticas parten de “metanarrativas” que buscan entender el proceso de individualización moderna y explicar cómo es que llegamos a una modernidad que entroniza al individuo. Una propuesta interesante es la de Ulrich Beck y Elizabeth Beck-Gernsheim, quienes señalan que el individualismo es un elemento estructural de las sociedades altamente diferenciadas y que no afecta su nivel de integración, por el contrario, lo posibilita (Beck y Beck-Gernsheim, 2002). Es interesante retomar la postura de estos autores, quienes admiten que el mercado neoliberal ha “atomizado” la vida en sociedad, pero enfatizan como esta conceptualización de la biografía como algo electivo ha propiciado la reflexividad (Bolívar y Domingo, 2006:4). Esto va en consonancia con la propuesta de Anthony Giddens, quien señala que ese mandato de “autorrealización” ha convertido al “yo” en un proyecto “reflexivo” que se fragua en la reconstrucción del relato biográfico (Giddens, 1995).

A grandes rasgos, aquí se rescata el giro narrativo como una vía cualitativa y humanista de aproximación a lo social. Permite plantearse caminos para “humanizar” el

tiempo, las situaciones y la interacción, así como para integrar estos elementos al estudio de lo social. Siguiendo a Georgakopoulou, se trata de “*a epistemology, a methodological perspective, an antidote to positiviste research, a communication mode, a supra-genre, a text-type. More generally... a way of making sense of the world*” (2007:146).

¿Cuáles son las principales características del giro narrativo? La centralidad de la experiencia de vida es un rasgo constitutivo del enfoque. Susan E Chase (2003:273), así como Clandinin y Connelly (2000), señalan que, a pesar de que no hay acuerdos consolidados, el interés por “dar sentido a la experiencia” y recuperar los significados que se le atribuyen, atraviesa todos los estudios con esta orientación (2003:273). Esta idea parte de un supuesto fenomenológico, de que la experiencia, al ser narrada, se integra a la conciencia (Squire, 2013). Por su parte, Clandinin y Connelly retoman la definición de Dewey de experiencia para recuperar tres de las dimensiones que conforman el espacio narrativo: la continuidad, la interacción y la situación. En sus palabras: “*This set of terms creates a metaphorical three-dimensional narrative inquiry space, with temporality along one dimension, the personal and the social along a second dimension, and place along a third*” (2000:50). La continuidad se refiere al juego continuo entre el pasado, el presente y el futuro. La interacción, por otro lado, conlleva la búsqueda de estructurar lo personal y lo social en la experiencia. Este punto es muy importante puesto que lo narrativa actúa como un espacio en el que se estructura lo social y lo individual, así como las distintas temporalidades y situaciones sociales.

La estructura narrativa, el orden de lo narrado sobre el caos de vivencias, es otro rasgo constitutivo de la corriente. Labov y Walestky (1967) definen la narración como “*an account of a sequence of events in the order in which they occurred to make a point*” (Polletta *et. al*, 2011:111). Esta definición, surgida de la sociolingüística, propone que los eventos son seleccionados por los individuos en razón de su relevancia para una temática, el sentido del relato, no se trata pues de una lógica causal, sino de la búsqueda por construir una trama (*plot*) (Polletta *et. al*, 2011:111).

Las tramas no hacen referencia a una lógica causal, sino de “secuenciación” (Polletta *et. al*, 2011:111), que resulta en la construcción de un significado de la historia, la “moraleja”, que muchas veces no es explícita ni unívoca, pues queda sujeto a la interpretación del interlocutor. Es así que “toda historia tiene, en cierta medida, una

moraleja” (Squire, 2013:49, traducción propia). En contraposición a la lógica causal, no se busca develar cómo ocurrieron “realmente” los eventos, sino que su selección y ordenamiento por parte de los individuos y colectivos son en sí mismos, un objeto de estudio. Pero las narraciones no son creaciones individuales sin diálogo con sus contextos sociales. MacIntyre (1981) sostiene que hay repertorios culturales de “tramas” que comunican y actualizar valores colectivos.

En este sentido, Corine Squire hace una crítica a los estudios narrativos que hacen demasiado énfasis en los eventos y en la estructura narrativa. Esta autora defiende una mayor orientación a la experiencia y a los contextos socioculturales donde surgen. Los enfoques centrados en los eventos, como lo es el de Labov, omite tres elementos de lo narrativo de gran relevancia: (1) narrar no se trata únicamente de relatar eventos, sino que da cuenta de lo que el narrador considera relevante para contar la historia de quién es (es, por lo tanto, un acto de autoidentificación), (2) las narraciones se distancian de los hechos que describen, tienen muchos significados y no es posible que se cuenten de la misma manera dos veces; y finalmente, (3) la narración es una co-construcción entre el que narra y el que escucha por lo que la situación de interacción de ambos siempre es un hecho relevante (Squire, 2013:47). Es así que recuperar la experiencia, más que lo vivido, es lo que caracteriza este enfoque. Los rasgos principales de esta aproximación a lo narrativo enfocado en la experiencia pueden ser resumidos por las siguientes máximas: 1) las narrativas son secuenciales y significativas, 2) las narrativas son humanas, 3) las narrativas representan, reconstituyen y expresan la experiencia y, por último, 4) las narrativas dan cuenta de transformación y cambio (Squire, 2013:47).

El primer rasgo hace referencia a la lógica secuencial que se mencionó anteriormente, pero se interesa menos por la “sintaxis” de los eventos. En esta perspectiva, la secuencialidad es vista como un mecanismo de construcción de significado. Por lo tanto, no hay una concepción rígida de la estructura narrativa, la temporalidad es flexible, con idas y vueltas, con referencias a narraciones de otras personas e, incluso, a eventos ficticios (fantasías, proyecciones, etc.). Esto es porque el interés del narrador está puesto en contar la historia de “algo” (una temática), más que en cómo cuenta la historia. El segundo punto hace referencia a la concepción de lo narrativo como un medio para dar sentido a la realidad, es decir, como un medio esencial de la construcción de sentido. Este elemento

abreva de las propuestas filosóficas de Paul Ricoeur, y su idea de que lo vivido adquiere sentido en el acto interpretativo de la narración. Respecto al tercer punto, se hace referencia al margen “ficticio” de toda narración de eventos, narrar implica siempre un grado de reconstrucción, no un retrato naturalista de lo vivido. Es por esto que no es posible repetir una historia de manera idéntica y que puede ser contada de manera distinta, en diferentes contextos. Esto se debe a la dimensión “práctica” de las historias, construyen conocimiento y morales, aunque también cimentan tradiciones y valores culturales, implican un continuo “balance entre la innovación y la sedimentación” (Squire, 2013:49). Finalmente, las narrativas dan cuenta de las transformaciones del individuo, dan cuenta de su naturaleza cambiante, de su recorrido por los tiempos y los espacios socialmente construidos. Implican siempre una deconstrucción y una restauración de la “normalidad”. Es por esto que se recurre en el psicoanálisis a la narración, porque contar una historia puede ser un acto transformativo.

Otra dimensión de las narrativas es que pueden tener una dimensión más amplia que el individuo. Estas pueden ser discursos, “*vehicles of ideology*” (Polletta et al, 2011:112) cuando se remiten a elementos colectivos, y tienen una capacidad persuasiva considerable, debido a su capacidad de despertar emociones. Muchos trabajos de esta corriente se han dedicado a estudiar el lazo que hay entre las narrativas y la emotividad. Asimismo, evidencian la búsqueda de las personas por dar sentido a su vivencia desde los repertorios de tramas sociales que tienen a su disposición. Una persona puede interpretar su historia de vida como un “camino hacia la redención”, que es una de esas tramas del repertorio social, o como un camino hacia “la acción”, la revuelta frente a la injusticia social que marcó su vida, en fin, hay una multiplicidad de “tramas” sociales que sirven de guía para dar sentido a la experiencia vital.

La identidad es un concepto que ha sido ampliamente tratado desde esta perspectiva, siendo la interfaz entre lo social y lo individual. La definición de identidad ha estado marcada por la oposición entre los que privilegian una dimensión sobre otra. Los post-estructuralistas y deconstructivistas han propuesto la existencia de una liga entre la construcción de subjetividad y el lenguaje y las prácticas sociales (Foucault, 1984). Por otro lado, en la línea de Berger y Luckman (1967), autores como Zimmermann y Weider (1970) defienden una idea de la identidad como un “*accomplishment*” de las personas (Fina,

2003:16). Asimismo, la literatura posmoderna ha promovido una concepción fragmentada de la identidad. Desde esta literatura se ha propuesto el uso del término identificación, en contraposición a identidad, haciendo referencia a la idea de que la constitución de la identidad es “un proceso siempre incompleto que requiere un trabajo discursivo continuo” (Hall, 2000:16 en Fina, 2003:16).

Los estudios con orientación narrativa han trabajado también el concepto de identidad. Anna de Fina identifica dos paradigmas principales: una tradición centrada en la autobiografía que abrevia sobre todo de las teorías psicológicas de la identidad y otra corriente que parte de la tradición etnometodológica. La primera enfatiza el papel de la reflexividad para la construcción identitaria y su continuo fluir en la experiencia, la identidad no es un constructo sino un proceso cambiante, que no tiene lugar en el vacío sino en la interacción con pares y con instituciones. El segundo enfoque concibe la identidad como un producto emergente en la interacción, poco internalizado. La propuesta de Somers, que se revisará a detalle más adelante, se posiciona en el medio de estas dos posiciones. A grandes rasgos, aquí se retoma la postura de Fina que toma a la identidad como un proceso moldeado por (y que, a la vez, moldea) los discursos institucionales y culturales. La narración que hacen los individuos de sus historias dan cuenta de la articulación de su subjetividad con la intersubjetividad de un grupo. Es una práctica discursiva que refleja relaciones, creencias y expectativas sociales y las negocia e incluso las modifica (Fina, 2003:19). Esta autora señala que la relación entre narratividad e identidad opera en diferentes niveles. En un primer nivel, los narradores pueden reflejar su pertenencia a un grupo a nivel lingüístico y retórico al hablar de su identidad, con el uso de recursos que indican pertenencia a un cierto grupo. En otro nivel, narrar la identidad puede ser la historia de una negociación de los roles sociales que les atribuyen los grupos a los individuos. Finalmente, la identidad puede ser la expresión de una búsqueda por expresar o negociar la membresía a un grupo, los narradores buscan enclasar a partir de su narración (Fina, 2003:19). En el siguiente apartado, trataremos de manera detallada una propuesta de aproximarse a la identidad desde el enfoque narrativo.

La identidad narrativa: definición y utilidad analítica

Blas Pascal señala en uno de sus pensamientos que el ser humano es en la naturaleza una especie de caña, una planta que se distingue por su delicadeza. Este pensador señaló que de la misma manera que el vegetal, el ser humano se presenta frágil ante al mundo; no es necesario que “el universo entero se arme para aplastarlo: un vapor, una gota de agua es suficiente”. Sin embargo, es la capacidad de pensar lo que lo distingue de la caña, pues “aun cuando el universo lo aplaste, el hombre² sería todavía más noble... porque sabe que muere y conoce la ventaja que el universo tiene sobre él; el universo no sabe nada”. Para Pascal, entonces, es la capacidad de pensar y de conocer lo que distingue al ser humano. Es interesante que en su fórmula anteponga, la consciencia de sí mismo (“sabe que muere”) al conocimiento del universo.

El tema de la autoconsciencia ha sido de sumo interés para la filosofía y las ciencias humanas a lo largo de siglos. Quizá su fórmula más conocida en Occidente es la de la filosofía cartesiana: *Cogito ergo sum*. Antes que conocer cualquier cosa, puedo decir que existo porque pienso. El pensamiento y la consciencia de sí mismo parecen, entonces, indisociables. El “yo” es el punto de partida a partir del cual las personas piensan el mundo. Y, sin embargo, estos “ojos”, que son la conciencia, son capaces de mirarse a sí mismos. El “yo” es capaz de reflexionarse a través del “sí”. ¿Y qué es lo que observa cuando reflexiona sobre sí mismo? Charles Taylor señala que “los yos” no son equivalentes a los organismos, es decir, objetivamente distinguibles, “no poseemos yos de la misma manera que poseemos hígados y corazones” (Arregui y Basombrio, 1999:19). No, el yo es algo distinto: es una interpretación. De ahí la sentencia del autor: “el hombre es un animal que se autointerpreta”.

Paul Ricoeur ofrece una interesante analogía para entender el significado de la “autointerpretación”; él indica que de la misma manera que se establece el ahora y el aquí a partir de coordenadas de tiempo y de espacio, las personas anclan su yo a partir de un acto de inscripción en un entramado social. Este sólo se puede enunciar, a partir de una narración que ordene el transcurrir biográfico, es decir, la experiencia vital de la persona, donde ocurren acciones, conductas y prácticas en múltiples marcos de socialización. “La identidad de cada uno se precipita en el relato de los sucesos que configuran su existencia”

² Aquí se respeta el uso de Pascal del sustantivo “hombre” como sustituto de universalidad.

(Arregui y Basombrio, 1999:27). Para responder a la pregunta quién eres, la persona no se remite a su carácter universal (“ser humano”), a su “esencia”, sino que la entiende como un cuestionamiento por las coordenadas de su propia identidad, su singularidad. La unicidad de las personas está dada por su historia, son los sucesos de la vida los que nos hacen únicos después del nacimiento, momento en que todos somos iguales en humanidad. Pero ordenar la historia de cada quien es difícil, implica un acto de interpretación en el que la persona pueda dar una cierta coherencia al tumulto de eventos, una narrativa que le permita atribuir algún orden y sentido a su existencia y a sí mismo, es decir, una identidad narrativa.

Huelga decir, esta narrativa no es inmutable. Al estar íntimamente ligada a la experiencia de vida, es imposible plantear un concepto de identidad acabada, no sólo para designar a varios individuos, incluso para hablar de uno sólo a lo largo de su vida. Esto se debe a que la “autointerpretación” es un proceso de identificación continuo que depende en gran medida de los marcos de referencia que se interceptan donde la persona se encuentra. Para Taylor, la identidad está definida por “los compromisos e identificaciones que proporcionan un marco u horizonte” en cuyo interior uno intenta “determinar, caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, lo que apruebo o a lo que me opongo” (Taylor, 1996:43). La identidad es por lo tanto una orientación, no una determinación. Sin embargo, esto nos enfrenta al conocido dilema sobre qué es lo que prima, ¿los marcos referenciales o la capacidad de interpretación de los individuos?, expresado de otra forma, ¿prevalece la agencia o la estructura?

Antes de pasar de lleno a esta cuestión, es necesario aclarar que la noción narrativa de la identidad no debe interpretarse como una concepción de la vida de las personas como un relato lineal y coherente. Pierre Bourdieu tuvo a bien prevenirnos de esta “ilusión biográfica”, que supondría entender la vida como “un camino...un recorrido orientado, un desplazamiento lineal...que implica un comienzo (un “principio de la vida”), etapas y un fin...” (Bourdieu, 1989:27). De hecho, Kenneth Baynes, en defensa de Taylor, señala que: “*There need not be (and seldom is) one, sequential, coherent narrative; there are often profound gaps, inconsistencies and tensions*” (2010:448), lo que se verá más claro en el desarrollo de identidad narrativa de Margaret Somers, quien propone que en una persona coexisten varias narrativas. La postura de Taylor (muy cercana a la de Ricoeur) no niega que pueda haber narrativas del yo contradictorias y en tensión, entre ellas y respecto a

narrativas o guiones externos. En la vida de las personas puede haber quiebres biográficos en donde las coordenadas no sean claras, o haya rupturas. No se trata, pues, de un “relato totalizante” sostenido por “todo tipo de instituciones de totalización y unificación del yo” (Bourdieu, 1989:29), sino de una interpretación siempre viva, inconclusa, contradictoria y que se desarrolla en varios planos.

Esta complejidad se deriva del margen que este enfoque otorga a la agencia humana, que no debe de ser considerado tampoco como un énfasis “monológico”, pues las personas constituyen sus narrativas en “urdimbres de interlocución” (Taylor, 1996:53) “en donde sus propias interpretaciones se interceptan con las de otros” (Baynes, 2010:452) y con otras narrativas sostenidas por marcos referenciales más amplios. La agencia en este enfoque se remite al elemento activo de la construcción de la narrativa, de cómo el “actor” pasa a ser “guionista”. La gente no sigue guiones establecidos y determinados como el actor de teatro debe repetir las líneas de una obra. Las personas construyen activamente sus narrativas individuales en diálogo, que puede ser consciente o inconsciente, con estos “guiones” socialmente establecidos y en la interacción con la inventiva de otros con los que se cruza.

Esta perspectiva se encuentra en consonancia con la teoría de los guiones de William Simon y John H. Gagnon (1984). Estos autores sostienen que el concepto de “guiones” es una metáfora útil para entender el comportamiento sexual dentro de una sociedad, aunque aquí sostenemos que es posible extender la teoría a narrativas identitarias más amplias, considerando los rasgos más generales de la propuesta. Estos autores sostienen que el comportamiento se construye paralelamente en tres niveles: escenarios culturales, guiones interpersonales e intrapsíquicos (1984:53). Los primeros son guías de comportamiento sostenidas por discursos institucionales definidos como “*systems of signs and symbols through which the requirements and the practice of specific roles are given*” (idem). Estas guías no son reproducidas “textualmente” por las personas, en parte porque su generalidad implica inevitablemente una cierta ambigüedad. Debido a esta inadecuación es preciso conceptualizar los “guiones interpersonales”, que son el espacio de creación de las personas. La “escritura” de guiones interpersonales “*is the mechanism through which appropriate identities are made congruent with desired expectations*” (idem), es decir, que es en esta instancia donde los actores negocian sus propios deseos frente a las narrativas más amplias. Esta teoría resulta útil para pensar el papel de la agencia desde la perspectiva

narrativa. Los guiones no se entienden únicamente como mandatos que constriñen la agencia, sino que permiten entrever cómo es que la posibilitan o habilitan, en el sentido de que le dan a la persona la comprensión necesaria para interactuar y para hacer inteligible a los otros.

Además de posibilitar la agencia, los guiones y la capacidad de actuarlos permiten a las personas construir sus identidades “normativas o prácticas” que se contraponen a las personales debido a que no dan cuenta de la unicidad de la persona, sino de su pertenencia. Estas identidades no clausuran la agencia pues, como señala Taylor, su práctica es en sí misma una interpretación de lo que la regla, demasiado abstracta, realmente significa. De esta manera, podemos decir que se evita la separación irreconciliable de la agencia y la estructura. Las personas, a lo largo de la vida y frente a distintas situaciones, intentan articular las identificaciones y compromisos que tienen con distintas instituciones (de “totalización y unificación del yo”, siguiendo a Bourdieu) y que imponen un horizonte de posibles respuestas. Desde la perspectiva de Taylor, las personas buscarán discernir entre esos valores y compromisos, aquellos que les importan más, los que priorizan en relación con una cierta visión de sí mismos. Desde esta perspectiva, se puede introducir la posibilidad de que el actor se equivoque, pues se admite que hay normativas de comportamiento externas a él, pero estas están mediadas por las distintas interpretaciones que hace el individuo de sí mismo.

Margaret R. Somers hace una propuesta muy cercana a las de Taylor y Ricoeur. La autora propone reconfigurar en las ciencias sociales el estudio de la formación de identidad a partir del concepto de “narrativas”. Según esta autora, aliar estos dos conceptos permite enfrentar el reto de los prominentes debates que hay en la actualidad alrededor de las “políticas de identidad”, que esta autora identifica con los nuevos movimientos políticos que buscan hacer escuchar las voces de las personas que han sido excluidas de la política y de otros movimientos sociales más amplios como, por ejemplo, las demandas y críticas del *black feminism* frente al feminismo *mainstream*. Somers sostiene que introducir la narrativa de la identidad implica abrir las puertas a tres elementos: el tiempo, el espacio y la interacción (*relationality*). Estas tres dimensiones “curan en sano” cualquier posibilidad de rigidizar las identidades en entidades fijas.

La propuesta de Somers es muy cercana a la de Taylor. Ella señala que se trata de una propuesta epistemológica y ontológica que implica poner en el centro de la comprensión del mundo y de nosotros mismos, la capacidad de narrar. Así, es a través de narraciones que las personas constituyen identidades sociales: “*all of us come to be who we are (however ephemeral, multiple, and changing) by being located or locating ourselves (usually unconsciously) in social narratives rarely of our own making*” (Somers, 1994:606). El relato permite entender el continuo fluir de lo que las personas interpretan sobre sí mismas, en un tenor parecido a la conocida fórmula atribuida a Heráclito: "Nadie puede cruzar el mismo río dos veces, porque ni la persona ni el agua serán los mismos." Frente a esto, es clave el papel de las instituciones y ritos, como el Registro Civil y el Bautismo, como instancias de nominación que establecen una identidad singularizadora, constante y duradera (Bourdieu, 1989:29) a lo largo de la vida de las personas. Así, podemos decir que la identidad sirve para ejemplificar la paradoja del barco de Teseo. La erosión de los años obligó a los atenienses a ir remplazando sus partes, hasta que no quedó nada del original, salvo su identidad. Aunque claro está que decir que la persona se transforma en su totalidad, sería exagerado. El pasado y el presente están en diálogo continuo en la definición de uno mismo, hay continuidad. El tiempo es un elemento clave del enfoque de la narratividad.

Esta perspectiva permite problematizar las identidades “universales” que los nuevos movimientos han denunciado por confundirse con rasgos, en realidad, “extremadamente particulares” (Somers, 1994:609). El “enfoque” narrativo permite entender que las personas tienen una multiplicidad de identidades (cuyos atributos y significados cambian en el tiempo) que surgen del hecho de que están situadas (y son situadas) en tramas complejas de relaciones sociales, a las que sólo pueden dar sentido a través de narrativas. La “experiencia” de la vida no es la de una identidad integrada y unívoca, sino de una multiplicidad de experiencias a la que las personas deben dar un sentido antes de poder contestar a la pregunta de ¿quién soy yo?

Somers identifica cuatro rasgos de los estudios con una orientación narrativa: 1) relacionalidad de las partes, 2) entramado causal (*causal emplotment*), 3) apropiación selectiva y, finalmente, 4) temporalidad, secuencia y lugar. Para Somers, estas dimensiones sugieren que las narrativas son “*constellations of relationships (connected parts) embedded*

in time and space, constituted by causal emplotment” (Somers, 1994:616). Esto quiere decir que cualquier intento de dar un significado a un evento pasa por conectarlo a otros eventos en el espacio y el tiempo, convertirlo en un episodio de un “entramado causal” que les da sentido a instancias independientes. No se trata, entonces, de clasificar los eventos en “taxonomías” sino de hacerlos inteligibles en una trama más o menos integrada de eventos, es decir, en una narración. Debido a la infinidad de eventos que constituyen el todo de la experiencia de vida, la construcción de esta trama requiere de la apropiación selectiva de eventos. Para esto, es necesario que las personas tengan un “marco de evaluación” que permita adjudicarle una temática específica a una línea narrativa lo que determinará cómo los eventos son procesados: cuáles serán más significativos y cómo se significarán. Una sola persona puede interpretar su vida a partir de distintas temáticas que le permiten hilar eventos para construir el sentido de una dimensión específica de su identidad, por ejemplo, al reflexionar sobre su identificación de género, cada persona construirá la narrativa a partir de las experiencias significativas que le llevaron a crear un sentido sobre lo que implicaba ser identificada a un sexo específico.

Somers propone una manera de pensar teóricamente la propuesta de identidad narrativa de Charles Taylor. Ella señala que hay distintos niveles de narrativas: ontológicas, públicas, conceptuales y metanarrativas. Las narrativas ontológicas se refieren a esas historias a partir de las cuales las personas dan sentido a sus vidas, esas narraciones de quiénes somos que hacen posible que hagamos algo. Estas no son fijas: *“the relationship between narrative and ontology is procesual and mutually constitutive”* (Somers, 1994:618). Se actúa a partir de un sentido de lo que somos, pero al hacer producimos nuevos significados. Las narrativas ontológicas son, por lo tanto, un continuo devenir. Además, estas no se producen en el vacío, como un monólogo, sino que están sumergidas en “redes de interlocución” (Taylor, 1996) que puede ser otro nombre para “tradiciones” (MacIntyre, 1981) o “escenarios culturales” (Gagnon y Williams, 1984:53). Somers llama a estas redes de interlocución “narrativas públicas” (a las que en un artículo posterior también llama culturales e institucionales), aquellas que están sostenidas por arreglos institucionales que superan al individuo en tiempo y espacio. Instituciones que buscan dar una visión totalizante y unificada del yo, diría Bourdieu. De acuerdo con la autora, estas pueden ser aprehendidas a partir del núcleo familiar pero también a través de la religión, el gobierno, la

nación. Estas narrativas también tienen sus propias tramas. Somers pone el ejemplo de cómo las familias pueden, por ejemplo, formar una identidad alrededor del tema “la salida de la pobreza a partir del trabajo”, lo que les permitirá seleccionar ciertos eventos de su historia y convertirlos en episodios de esa trama, en evidencias de su historia. Estas narrativas están ligadas a redes de intersubjetividad o instituciones, desde las más pequeñas y locales hasta las más amplias.

Las metanarrativas y las narrativas conceptuales se refieren, por otro lado, a las teorías sociológicas e históricas que buscan englobar procesos muy amplios, como la “Industrialización” o “estructuralismo”, etc. Las narrativas conceptuales, por otro lado, hacen referencia a teorías sociales de medio alcance, mediante el uso de términos como actores, identidad, feminidad, etc. Somers señala que el desafío que plantea la aproximación narrativa a las teorías de lo social es *“to develop a social analytic vocabulary that can accommodate the contention that social life, social organizations, social action, and social identities are narratively that is, temporally and relationally, constructed through both ontological and public narrative”* (Somers, 1994:620). Como podemos ver, la propuesta de Somers, creada a partir de la de Taylor, plantea a grandes rasgos un nuevo enfoque para el tratamiento de lo social. Sin embargo, es preciso preguntarse qué implicaciones tiene esta perspectiva para el estudio de la formación de identidades.

La identidad narrativa, para Somers, implica partir de la noción de que la narratividad y la interacción (*relationality*) son centrales para comprender lo social. La narratividad hace necesaria la inclusión de las coordenadas temporales, espaciales e institucionales que se conjugan en la constitución de sentido en términos narrativos. Las personas, desde esta perspectiva, se mueven a través de configuraciones relacionales, espaciales y temporales, en las que se coordinan las narrativas ontológicas con las públicas o culturales. Si se busca estudiar identidades específicas, como las relacionadas con lo masculino y lo femenino, es preciso observarlas en el dinamismo y en las relaciones donde están siendo forjadas. No se puede decir nada *a priori* sobre lo femenino o lo masculino, sólo a partir de coordenadas espacio-temporales-sociales específicas desde donde son experimentadas por las personas. Hay, en esta propuesta, una premisa fenomenológica pues es a partir de la experiencia concreta y situada, hilada en entramados de sentido, que se constituye la identidad. También, hay tensión entre agencia y estructura, estabilidad y cambio, orientación por la

tradición e individualización moderna (y posmoderna), “experiencia auténtica” y construida, sujeto interpretativo y sujeto que ocupa posiciones en el discurso, sujeto reflexivo y sujeto que se orienta por una razón práctica o *habitus*; todo ello permite complejizar las identidades y ver que muchas veces se sostienen narrativas aunque hayan cambiado las condiciones sociales que las produjeron (por ejemplo narrativas de amor romántico, matrimonio, fidelidad y reproducción se mantienen arraigadas aunque se esté erosionando el modelo de familia que les dio sentido). Permiten mantener cierta coherencia en los sujetos ante un mundo cambiante, así como mantener vigentes las instituciones que las produjeron. Los individuos “invierten” en identidades que les dan sentido (y que son parte de discursos sociales más amplios) en un marco de expectativas determinado.

En la experiencia, las categorías no pueden fijarse o separarse, ser mujer no se experimentará de manera aislada a las otras coordenadas sociales de la persona. La experiencia no es la suma matemática de localizaciones sociales, sino que se vivencia desde la unidad integrada del yo narrativo interpelada por una trayectoria temporal, situacional y espacial. De ahí, las críticas a la segunda ola del feminismo. En la década de 1970, un movimiento de mujeres afrodescendientes y lesbianas se separó del movimiento feminista “*mainstream*” acusando sus sesgos raciales, elitistas y heterosexistas. De este cisma surgió la declaración del Combahee River Collective, donde se expresaron los cimientos de un movimiento que buscaría “luchar activamente contra la opresión racial, sexual, heterosexual y de clase”. Este evento fue uno de los antecedentes que promovió el desarrollo teórico de uno de los conceptos de mayor trascendencia en de la literatura feminista: la interseccionalidad, de la que se hablará con mayor detalle en el apartado de género.

El enfoque de identidad narrativa propuesto por Somers supone que la acción social y las prácticas sólo pueden ser entendidas “*if we recognize that people are guided to act by the structural and cultural relationships in which they are embedded and by the stories through which they constitute their identities*” (Somers, 1994:624). Para esto, es necesario tener una aproximación “procesual” pues es necesario reconstruir “narrativamente” cómo se fueron conformando estas redes y episodios de vida que dan sentido a la identificación narrativa de la persona, en otras palabras, entender la imbricación de narrativas ontológicas y públicas desde donde el individuo se define. Además, Somers recalca la importancia que

tiene reconocer que las narrativas públicas “llegan” a los individuos mediante un “espectro enorme” de instituciones y prácticas “que constituyen el mundo social” (Somers, 1994:625), lo que Taylor llamaría, el “espacio moral”.

En esta misma línea, Lois Mcnay (1999) señala que la aproximación a la identidad desde la narrativa evitar caer en la dispersión de la subjetividad que plaga las propuestas deconstructivistas y post-estructuralistas. Esto se debe a que dicha propuesta, a pesar de admitir la multiplicidad y la fragmentación de posiciones que ocupan las personas, no niega que el “yo” se pueda percibir de forma coherente a partir de la “interpretación narrativa de tiempo” (Mcnay, 1999:318). Esta interpretación, por su naturaleza narrativa, nunca será fija, pues la posibilidad de reinterpretación narrativa de un flujo de eventos nunca se clausura, aunque quizá esté medianamente restringida por los repertorios sociales. Esta restricción no es sólo el efecto de fuerza deterministas externas, Mcnay señala que *“the notion of narrative suggest that constraint is also self-imposed. Individuals act in certain ways because it would violate their sense of being to do otherwise”* (Mcnay, 1999:318). Podemos observar la importancia de la autoidentificación. Esta construcción de coherencia a través de lo narrativo de la propia identidad en el marco de la experiencia de vida conlleva el cuestionamiento sobre cómo es el juego entre lo individual y lo colectivo, la experiencia y la ideología. Mcnay hace un llamado a entender esta relación, no en términos de distorsión sino de integración (1999:333). Respecto a esto, la autora señala que para entender la relación entre las mujeres con las imágenes hegemónicas de feminidad, no nos podemos quedar simplemente en los conceptos de resistencia o acomodo, sino como vivencias de diálogo continuo, no hay rupturas ni conclusiones, las contradicciones cohabitan en el desarrollo biográfico, y se resuelven en la narración.

Esta propuesta es un punto de partida para plantearse estudiar cómo los procesos de transición a la adultez y de identificación de género se entrelazan en las narraciones de varones y mujeres jóvenes. Para esto, es necesario recuperar la dimensión discursiva de las identidades, aquella que supera el horizonte individual y que se produce y reproduce en los marcos institucionales de la sociedad.

La construcción discursiva de las identidades

De acuerdo con la definición que hemos hecho anteriormente, en este trabajo se sostiene que la identidad narrativa, entendida como la narrativa ontológica desde la que el individuo se define, corresponde a la identidad “personal” o subjetividad de cada individuo, pues se parte de la idea de que es a través de la propia historia que la persona adquiere su especificidad. De esto se sigue que la identidad es vista como una narración que se encuentra continuamente en diálogo con la experiencia vital y las redes de interlocución que la enmarcan. Cada interacción con una persona, lugar, situación o relación nueva cambia la forma en la que cada uno se interpreta, en mayor o menor grado, pues accede a nuevas formas de sentirse interpelado. Se trata de una concepción fragmentada de la subjetividad individual que, sin embargo, adquiere coherencia en la narración. Lois Mcnay sostiene que se trata de una “subjetividad frágil” atravesada por “contradicciones, conflicto y exclusión” (1999:317). Asimismo, cada situación social pone el foco de atención en las distintas narrativas identitarias que se entretajan en una misma persona. Esta definición de la identidad individual va en consonancia con la propuesta de Chantal Mouffe quien señala que “la historia del sujeto es la historia de sus identificaciones, y no hay una identidad oculta que deba ser rescatada más allá de la última identificación” (1993:5). La identidad narrativa permite evitar el estudio de identidades esenciales e incorporar “la contingencia y la ambigüedad” que de acuerdo con Mouffe caracterizan toda identidad.

Sin embargo, el concepto de identidad personal tiene un horizonte demasiado corto: el individuo. Por otro lado, el concepto de identidad colectiva o social se refiere a algo más amplio, que engloba a un mayor número de personas y que, incluso, puede convertirse en el fundamento de luchas políticas. ¿Se puede definir desde la teoría de identidad narrativa? Se puede decir que las identidades sociales son narrativas públicas, de las que las personas concretas y sus subjetividades son instancias, en las que se interceptan estas distintas narrativas. Lois Mcnay considera que, debido a la centralidad de lo narrativo para la comprensión de sí mismo y la realidad, es decir, en un nivel ontológico, donde lo individual y lo social son indiscernibles. La autora señala que la narración “*expresses both the objective structures which predetermine the subjective consciousness and the intentionality of subjective consciousness*” (1999:319).

En este sentido, se trata de narrativas ontológicas en tanto que son utilizadas por los individuos para definir quiénes son y saber qué hacer, al mismo tiempo que su significado

es modificado por las experiencias de vida de las personas. Esto significa que hay una dimensión relacional, temporal, espacial e, incluso, situacional en cada identidad social por lo que esta sólo puede ser entendida en forma narrativa. ¿Qué ha significado ser mujer u hombre para alguien a lo largo de su vida? Responder a esta pregunta conlleva inevitablemente pensar en la imbricación de distintas identidades sociales están presentes en el relato individual y romper con una visión esencialista de las categorías de género. Chantal Mouffe señala que dentro del feminismo ha habido cierta reticencia a incorporar esta concepción de la identidad pues amenaza con hacer difuso el objeto del movimiento político que acompaña esta corriente académica y debilitar los lazos del colectivo femenino. Sin embargo, sostiene que la inclusión de esta perspectiva es la única forma de comprender “la variedad de relaciones sociales [de subordinación] donde se habrían de aplicar los principios de libertad e igualdad” (ídem). Es claro que esta perspectiva se alinea con el principio de “interseccionalidad” que ha pasado a ser un elemento constitutivo del feminismo y que implica admitir la diversidad de reivindicaciones que resultan de la inabarcable pluralidad de la población femenina en el mundo.

Por otro lado, el significado colectivo de estas identidades sociales está sostenido por redes intersubjetivas reproducidas y transformadas en el tiempo: “narrativas públicas” (Somers, 1994:618), o “redes de interlocución” (Taylor, 1996) o tradiciones (MacIntyre, 1981). Como vimos anteriormente, estas narrativas públicas están sostenidas por formaciones institucionales y culturales que superan al individuo en distintos niveles: familiar, local, nacional, etc. (ej. ¿Cuál es el significado de la nación para un país?) y que pueden ser diversas e, incluso, contradictorias. Este cambio de nivel conlleva inevitablemente un cambio en la unidad de análisis, ya no se trata de individuos sino de colectivos. Somers indica que las narrativas ontológicas están en diálogo continuo con estas narrativas: las actualizan, las transforman, las adaptan, etc. No se trata sólo de complicidad o desafío, hay un amplio espectro de maneras en que las narrativas ontológicas se relacionan con las públicas. Por lo tanto, es posible seguir hablando de identidades *sociales* mientras se tenga en cuenta que el elemento relacional e interactivo es central para su definición.

No todas las identidades sociales son equivalentes. En el caso de este trabajo, estamos planteando observar la relación entre la identificación de género y la transición a la

“adulter”, procesos que se buscará definir detalladamente. Es necesario pensar en cómo estas dos identificaciones sociales se asemejan y diferencian. Pareciera que todas las identidades tienen el mismo peso para el individuo, su sexo, su edad y su pertenencia a una hinchada de un equipo de fútbol. Sin embargo, ¿no hay diferencias entre las distintas identidades que conforman la identidad narrativa de una persona?, ¿cómo se relacionan entre sí las identidades? y, además, ¿qué tipo de criterio se podría utilizar para diferenciarlas?

Es claro que diferenciarlas en términos jerárquicos y normativos sería insostenible. La narratividad nos lleva a entender que la experiencia de vida no se puede entender sin la imbricación de distintas identidades sociales. Aunque esto no cierra las puertas a la posibilidad de que haya situaciones y relaciones sociales en donde alguna pese más que otra: por ejemplo, es posible que la nacionalidad y la etnia importen más al presentar un pasaporte al entrar a un país en el que somos extranjeros (aunque eso no evita que otras identidades también incidan en la experiencia). O que la adultez sea más importante que el sexo en el momento de votar (al menos en los países donde no hay restricción del voto de la mujer).

Un elemento clave para distinguir entre identidades sociales es explorar las relaciones de poder que encierran. Este es un aspecto en el que no nos hemos adentrado lo suficiente y que implica añadir una dimensión adicional a la definición de identidad social: el poder. La identidad, en su definición más clásica, hace referencia a dos criterios que se utilizan para comparar: la diferencia y la igualdad. La identidad, por lo tanto, parece caracterizarse tanto por discursos sobre similitud con un cierto grupo como de diferencia con otros.

En términos de las narrativas ontológicas, esto se podría entender quizá en el sentido de experiencias similares engendrando una cierta identidad de grupo y la “extrañeza” con las experiencias de vida de otros, las diferencias. La extrañeza es un elemento que Georg Simmel tomó como elemento central en su concepto del “extranjero”. A través de este concepto buscó describir un tipo de relación social, que se puede entender en el espectro de lejanía y proximidad. Simmel señaló las identidades más “cercanas” son más proclives a ser entendidas con mayor detalle y particularidad, y las más distantes están más expuestas a ser entendidas a partir de estereotipos y categorías impersonales,

homogenizantes. Las relaciones, caracterizadas en términos de proximidad y lejanía, configuran el entendimiento del Otro. Para este autor, la distancia no sólo tiene sentido en términos espaciales sino de significado. El “extranjero” para Simmel no es alguien ajeno a la sociedad sino un “otro” interno. Son, por lo tanto, un desconocido dentro de lo conocido, que se observa desde la distancia, el “pobre” es para Simmel el ejemplo más claro en las sociedades occidentales. Estas categorías definen el tipo de relación que se tiene con las personas adscritas a un grupo marcado por la lejanía social, un ejemplo paradigmático podría ser la casta de los intocables en India.³ La distancia no es precisamente espacial, sino simbólica y relacional, por lo que, como señala Goffman, la “familiaridad no siempre reduce el menosprecio” (2008:74), en las grandes ciudades, por ejemplo, la ubicuidad de la mendicidad y el comercio ambulante no afectan su extrañeza, su lejanía, su anonimato respecto de las personas más privilegiadas.⁴

Sin embargo, es pertinente precisar qué implica sostener que las identidades colectivas adquieren sentido para los individuos a través de sus experiencias vitales y la narración interpretativa de estas. Las identidades sociales tienden a ser percibidas como entidades fijas, más o menos diferenciadas (dependiendo del nivel de distancia social), desde las narrativas públicas, que les adjudican un conjunto de estereotipos y representaciones, y que sostienen estructuras sociales asimétricas, metanarrativas. Esto permite que las representaciones de las identidades tengan un aura de inmutabilidad, que en algunos casos, crea una ilusión de esencia o naturaleza en la experiencia cotidiana.

Las estructuras sociales y los grandes procesos que las acompañan no tienen una existencia física (aunque puedan ser representadas a partir de símbolos como piezas de arte, arquitectura, etc.). Se trata de “metanarrativas”, dispositivos o esquemas metadiscursivos que pautan un cierto orden en las relaciones sociales, distribuyendo privilegios en la sociedad. Entenderlas como “metanarrativas” nos permite reconocer su flexibilidad, su elasticidad y, en cierto sentido, su vacuidad, pues las mismas narrativas pueden ser significadas y resignificadas para adaptarse a nuevas coyunturas (como en el caso de la

³ Según el sistema de creencias hindús, cada grupo emergió de alguna parte del cuerpo de Brahma, el dios supremo, sin embargo, se considera que los intocables o dalits no emergieron de ninguna parte del cuerpo del dios creador.

⁴ Erving Goffman (2008), *Estigma: la identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 2º edición.

narrativa revolucionaria en la política mexicana). De esta manera, conservan cierta estabilidad (mejor dicho, sensación de estabilidad) los órdenes sociales.

Estas metanarrativas sobre identidades sociales están definidas por “procesos de clasificación y significación” que utilizan criterios de diferencia e igualdad y que implican estabilidad pero, a la vez, negociación (Jenkins, 2014:24). Podemos retomar, para la definición de las identidades sociales en el discurso de las metanarrativas, la definición que Richard Jenkins hace del concepto de identificación.⁵ Este autor señala que, en consonancia con lo mencionado arriba, la identidad es “*the ways in which individuals and collectivities are distinguished in the relations with other individuals and collectivities*” (Jenkins, 2014:19). Esta definición no es ajena a la línea narrativa que hemos planteado hasta ahora, donde la “relacionalidad” (que hemos traducido como interacción) es un elemento constitutivo de la teoría. En esta misma línea, Jenkins añade que la identificación es “*the systematic establishment and signification, between individual, between collectivities, and between individuals and collectivities, of relationships of similarity and difference*” (*idem*). Cabe señalar que este “establecimiento y significación de relaciones de similitud y diferencia” implica el oscurecimiento de la heterogeneidad al interior de los grupos y a lo largo del tiempo, que se presupone a partir de la teoría de la identidad narrativa. Esto, pues, no retrata la realidad, sino que da cuenta de los mecanismos conceptuales a partir de los cuales se explica la realidad un grupo de manera sistemática, estableciendo *discursivamente* un orden social. Tener en cuenta la realidad “discursiva” o semiótica de las identidades sociales que sostienen un orden social concreto permite explicar las vías por las cuales los discursos esencialistas se sostienen y cristalizan, como el barco de Teseo. En palabras de John Given (2014:56): “*Words carry the power of naming, the power to transform the natural world into a world full of human meaning*” y vice versa.⁶ El valor de la definición de Jenkins es que nos permite definir la “identificación” a partir de las narrativas públicas como el establecimiento discursivo de límites entre identidades, más que como el “reconocimiento” de identidades esenciales.

Podemos decir, entonces, que las metanarrativas que sostienen identidades sociales son procesos, nunca concluidos, de significación de relaciones sociales en términos de

⁵ Richard Jenkins (2014). *Social Identity*. Routledge. Nueva York, 4ª edición.

⁶ Given, J. (2014). The narrative construction and performance of identity. *Advances in Biographical Methods: Creative Applications*, 136, 55.

diferencia y similitud, dicho de otra forma, se trata de procesos semióticos de diferenciación y asimilación. Las metanarrativas sobre identidades sociales se fraguan en procesos históricos de largo aliento de configuración y resignificación de relaciones sociales al interior de una sociedad, donde la temporalidad es un elemento clave para la comprensión. El pasado nunca pierde contacto con el presente. El estudio de estos procesos de largo aliento requiere elevar el nivel de análisis para contestar a preguntas sobre ¿cómo se ha significado la relación entre grupos a lo largo de la historia de una sociedad, por ejemplo, entre adultos y jóvenes o entre varones y mujeres? y ¿cuáles son los términos de diferencia e igualdad que se han utilizado para ordenar estas relaciones? Estos procesos se introducen a la vida cotidiana a través de estereotipos, representaciones, prejuicios, roles, etc. que pueden ser entendidos como narrativas públicas, que orientan el conocimiento sobre cómo la gente es y cómo debe actuar e, incluso, de su “valor” social en el mercado de las identidades.

Esta precisión es importante puesto que nos permite rescatar un aspecto clave que habíamos soslayado hasta el momento: la idea de que las identidades se juegan en dos sentidos y que la identificación tiene dos caras: los individuos no sólo se identifican a sí mismos, sino que identifican a otros. Jenkins señala que los seres humanos identifican a otros a través de la localización social posibilitada por el conocimiento de la estructura social desarrollado a través de procesos de socialización. Esta se ve facilitada por una enorme variedad de índices que pueden dar información sobre la posición de una persona en una matriz de relaciones sociales como pueden ser: la personificación, la ropa, el aspecto, el lenguaje, la forma de hablar, entre otras. Es posible que esta localización sea errada o correcta, pero tiene consecuencias y efectos en la vida de las personas.

Localizar a alguien en una u otra categoría implica juzgarla a partir del significado (y valor) que le atribuimos a su identidad y a la propia, un contenido que tiene un cariz normativo. Estos atributos se pueden traducir en actitudes de simpatía, pero también de rechazo, y pueden guiar las acciones en términos positivos y negativos. A veces, pueden dar lugar a reacciones viscerales, poco conscientes, de amistad o de desagrado. Esto se debe a que las narrativas pueden estar tan arraigadas en la psique humana que pasan a ser principios de comportamiento y emotividad, disposiciones. Adicionalmente, las personas están sujetas a sanciones de distintos tipos si “rompen” con su “personaje”, si no se adecuan

a los “atributos” ligados a sus identidades o si sus actividades pueden ser sancionadas en términos de quiénes son: ¿puede una persona hacer X en tanto que mujer, hombre, joven, adulto...?⁷ En este sentido, las personas tienen presiones para expresar y adherirse a sus identidades, haciendo de estas algo que no sólo se “es”(o se reconoce), sino que debe “cumplirse” (Heritage, 1984:179).⁸ Si las narrativas públicas son algo abstracto, las personas deben traducirlas para hacerlas concretas en la interacción, lo que es una idea cercana a la fenomenología.

A pesar de que las identidades sociales son indisociables de la experiencia humana, es posible hablar de ellas de manera diferenciada pues, al tratarse de metanarrativas, tienen una existencia en un nivel que supera el individual, lo que se podría entender como un nivel ideológico o discursivo. Apesar de estar continuamente sujetas a cambio, corren el riesgo de ser reificadas a partir de distintos “mecanismos” semióticos, que se ejemplificarán más adelante.

En lo que respecta a las narrativas personales podemos señalar que mientras más indisociables del individuo son ciertas identidades, más van a estar presentes en la narrativa de las personas, pues tendrían una presencia ineludible en la interacción social y en su experiencia de vida. Por ejemplo, mientras que la adherencia a un partido político es algo que se puede mantener al margen de varias interacciones y vivencias, el sexo y el color de piel, en algunos casos, son índices identitarios que enmarcan cualquier interacción del individuo y que pueden estar continuamente sujetos a la identificación y significación por otras personas. Esto se debe a que estos índices “encarnados” (*embodied*) caracterizan o dan rasgos a un cuerpo, aunque sus significados varíen (entre sociedades y en el tiempo). Así, sostenemos que un criterio de diferenciación de identidades puede darse en términos de su relación con el cuerpo y su nivel de presencia en las interacciones cara a cara.

Se podría equiparar este juego de niveles al desarrollo que hace Simmel en su “Digresión sobre el adorno”, donde el autor señala que “el cuerpo es nuestra primera e indiscutible propiedad” pero que el “adorno” es una forma de ampliar la lectura que hacen otros de nosotros (2014:399 en Sabido Ramos, 2017:385). Los índices encarnados se confunden con el cuerpo, mientras que los de las demás identidades pueden ser entendidos

⁷ Es importante tener en cuenta que estos atributos pueden variar en el tiempo y en el espacio.

⁸ Heritage, John. 1984. Garfinkel and Ethnomethodology. Cambridge, England: Polity Press

como “adornos”, en términos de que amplían las coordenadas a partir de las cuales los otros nos leen, aunque pueden tener una presencia menos “invasiva” en las interacciones y/o depender en mayor medida de la voluntad de la persona de mostrarlos. No son la identidad en sí misma, si no que la indican y, por lo tanto, su relevancia depende de de que el otro la interprete como tal. Para esto, el “identificador” necesita compartir un cierto conocimiento sobre la estructura social que antecede la interacción, lo que Pierre Bourdieu denomina la “capacidad social”.

Hablamos de índices porque nos referimos a los elementos que utiliza una persona para leer a otra sin que estos sean necesariamente constitutivos o se confundan con su identidad social. Esto quiere decir que tienen, respecto a las identidades sociales, una relación indexical, más no icónica, aunque, como vimos más arriba al hablar de los índices encarnados, esta relación se puede confundir. El concepto de “índice” nos permite, por un lado, reconocer que hay múltiples signos para una misma identidad social (por ejemplo, la etnia o la nacionalidad de una persona puede identificarse tanto por sus rasgos físicos como por su forma de vestir, hablar y actuar) y que un mismo índice puede dar cuenta de varias identidades sociales (por ejemplo, el uso de hijab o de la kipá puede ser un índice de “pertenencia” a una religión, a una etnia y a un sexo). En el primer caso, no toda la variedad de índices tiene el mismo “peso identificador” en las interacciones sociales, aunque den cuenta de una misma identidad social. Algunos pueden ser más claros que otros, dependiendo de la familiaridad y el conocimiento que tenga una persona sobre una cierta identidad. Finalmente, un mismo índice que da cuenta de una misma identidad social puede tener distintos significados o atributos.⁹ Goffman nos presenta una “tipología” más detallada de los índices de las identidades sociales, según la naturaleza del “estigma” que presuponen. Él reconoce que hay “estigmas físicos”, los que nosotros llamamos encarnados, pero ofrece otras dos categorías: los que dan cuenta del “carácter o personalidad” que para “provocar” estigma tiene que indicar un desvío de la norma (aunque se podría pensar en aquellos que dan cuenta de una personalidad “decente”) y, también, los

⁹ Por ejemplo, en una misma ciudad, una forma de vestir puede ser “localizada” o leída de manera distinta en diferentes contextos y por distintas personas: la forma de vestir de las personas afroamericanas de los barrios empobrecidos de Estados Unidos puede causar desconfianza y persecución fuera del barrio, pero al interior puede representar una estrategia de seguridad, al dar un cierto estatus de peligrosidad a la persona (Anderson, 2000).

estigmas “tribales” que dan cuenta de una adscripción “comunitaria” (lenguaje, religión, etnia...) (Marichal y Quiles, 2000:459).

Estas dos formas de distinguir entre identidades sociales (la indisociabilidad de los índices y la distancia social) nos permiten entrever cómo es que el poder y la dominación irrumpen en las identidades. A grandes rasgos, se puede decir que las identidades sostenidas por metanarrativas más amplias pero traducidas en narrativas públicas más concretas y variadas, pueden expresarse en relaciones sociales asimétricas en tanto que organizan la distribución de bienes, recursos y prácticas en una sociedad. Estos privilegios pueden, a su vez, dar la prerrogativa a ciertos grupos para definir a otros, reproduciendo y actualizando las mismas metanarrativas o estructuras sociales asimétricas. Estas son las consecuencias “materiales” de los procesos semióticos que distinguen los procesos de identificación que se buscó precisar con el desarrollo anterior.

Los procesos que se retoman aquí son aquellos propuestos por Judith T. Irvine y Susan Gal. Estas autoras muestran como el proceso de diferenciación lingüística ideológica está marcado por tres “mecanismos” semióticos de reificación de identidades sociales: la iconización, la recursividad fractal y la borradura o supresión (*erasure*). Nosotros retomamos estos conceptos, utilizados por las autoras para referirse a la diferenciación lingüística, para entender el proceso de construcción de identidades narrativas vía la identificación. La “iconización” es el proceso por el cual ciertos “índices” son confundidos con las identidades sociales que “indican”, convirtiéndose en “evidencias” de una naturaleza. La “recursividad fractal” da cuenta de cómo las oposiciones (que cómo vimos con Jenkins originan las identidades sociales) son reflejadas en varios niveles distintos, por ejemplo, las relaciones entre grupos pueden ser reflejadas o usadas para entender las diferencias al interior de un grupo, esto implica la construcción de “dicotomías” que tienen un uso recursivo para entender distintos niveles de relaciones sociales. Esto queda bien ilustrado por un pasaje del texto de Smith-Rosenberg (1986:50) citado por Kraemer (1992:327) donde se señala, en referencia a la “American Female Moral Reform Society” de mediados de siglo XIX:

“It is highly significant that the Society depicted the prostitute –and hence the poor farming women, the seamstresses, and the domestic servants whom the prostitute symbolically represented- as daughters, not as sisters. The

category of sister implies equality, an absolute identification. Daughter implies a hierarchy of power, the right of... bourgeois women to control sexual and nonsexual behavior of working-class women.” (Kraemer, 1992:327)

Esta cita nos permite observar el funcionamiento del mecanismo de reflejo recursivo: vemos que un tipo de organización asimétrico en la familia, es trasladado a las relaciones entre mujeres dentro de la organización, lo que permite conservar una diferenciación social basada en una construcción de las Otras como “inferiores” o “incapaces” a partir del reflejo de la organización familiar. Las relaciones asimétricas en un grupo social pueden utilizarse para organizar la desigualdad al interior de otros grupos, convirtiéndose en metáforas de la desigualdad. Finalmente, la borradura o supresión da cuenta de la idea de Simmel de “distancia social”, de la familiaridad extraña de la que hablamos anteriormente pues es el proceso por el cual los grupos se construyen “imaginariamente” como homogéneos, negando la diversidad en su interior. Esto tiene especial importancia para la identificación de otros (Irvine y Gal, 37-38). Estos son los dispositivos semióticos a partir de los cuales se constituyen discursivamente las identidades sociales a partir de discursos sobre diferencias y similitudes que dan cuenta de relaciones de poder en la estructura social.

Estos procesos de significación de las diferencias, que dan cuenta de relaciones de poder al interior de las sociedades, se encuentran presentes en la experiencia de vida de las personas, por lo que irrumpen en sus identidades narrativas. El concepto de “racismo interno” da cuenta de esta incorporación de ideas auto-devalorizantes por parte de las personas discriminadas, como lo mostraron Kenneth Clark y Mamie Clark quienes estudiaron los procesos de autoidentificación y preferencias raciales de niños afroamericanos, descubriendo que los niños tenían reacciones emocionales al quedar al descubierto que tenían actitudes de rechazo hacia su propio color de piel. Este mecanismo de internalización no se puede entender fuera de la experiencia vital que permite a las personas significar una cierta identidad social, más allá de lo que establezcan las narrativas públicas. Es en la experiencia vital que las identidades se reifican pues es ahí donde encuentran las expresiones más concretas.

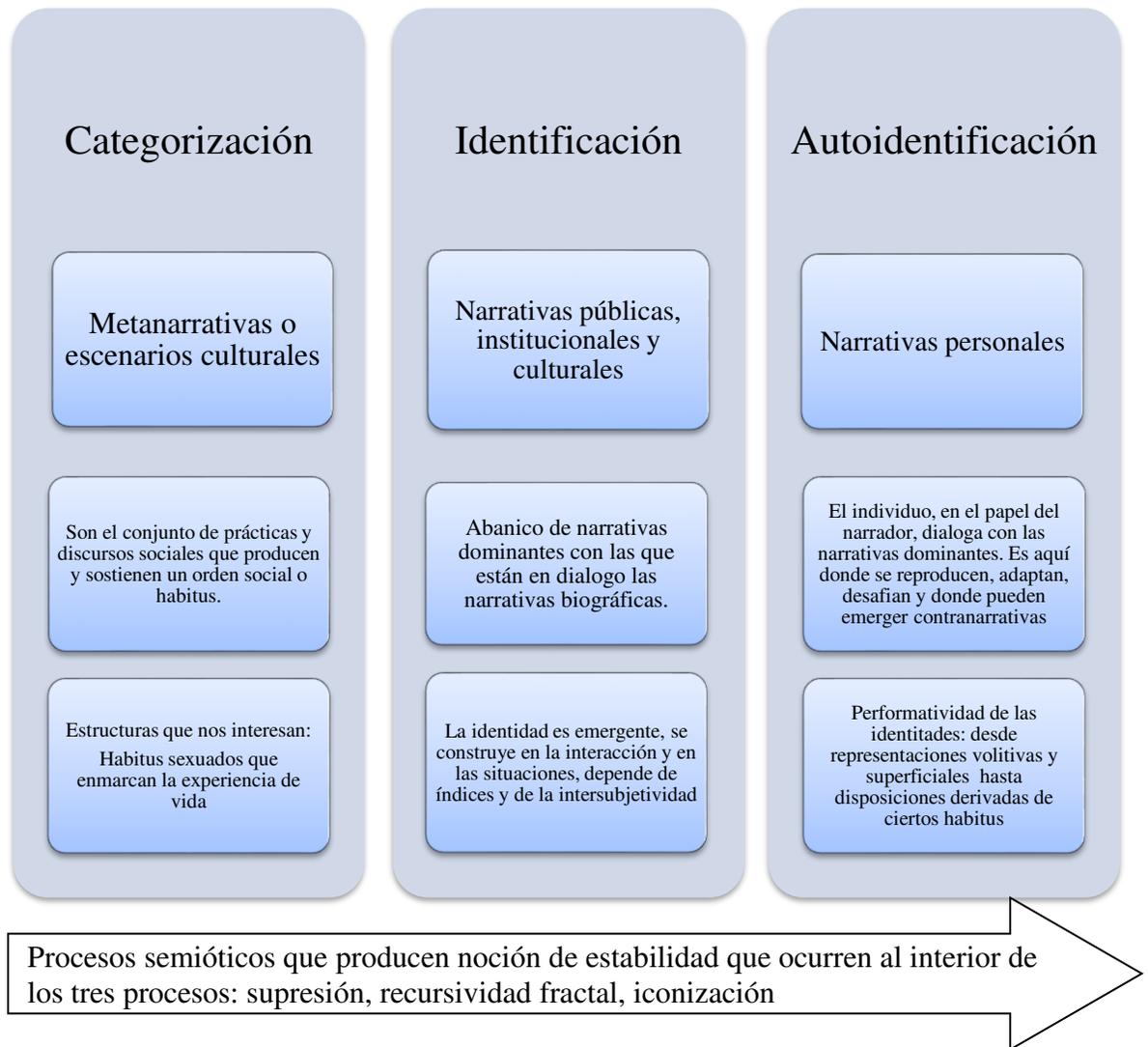
La mirada del Otro para el yo, su reconocimiento, es de suma importancia para hablar de la autoidentificación. La identificación es un proceso de construcción de

identidad que se da en un diálogo continuo con las redes de interlocución. Michelle Fine nos muestra cómo la mirada del otro penetra la narración que hace una persona de sí misma (Fine, 1994). Narrar es para Fine una acción conjunta del yo y el otro, reflejados en el narrador y el interlocutor.¹⁰

Este desarrollo sobre el poder y las identidades supone tres elementos: en primer lugar, que hay instancias de nominación que mantienen la estabilidad de ciertas identidades y sus atributos y que dan estabilidad a ciertos hábitos relacionados a las posición social de los individuos. Aquí nos interesan dos tipos de hábitos: el sexuado y el etario. En segundo lugar, que estas identidades institucionalizadas se juegan en la experiencia de vida y la interacción en dos vías: la autoidentificación (que puede ser la representación o actuación con distintos niveles de reflexividad o internalización) y la identificación por otros. Esta última hace referencia a la lectura de índices a la luz de un conocimiento de las narrativas públicas que predominan en una sociedad.

¹⁰ Esta advertencia nos pone en alerta sobre los límites y precauciones que se tienen que tener en cuenta al realizar investigaciones desde un enfoque narrativo, la importancia de problematizar siempre la relación del narrador con el interlocutor.

I. Esquema de construcción discursiva de identidades



Este esquema muestra las tres vías por las cuáles se construyen las identidades narrativas de los individuos. Como podemos ver, hay distintos niveles de construcción de narrativas con los que las narrativas personales están en diálogo: las narrativas públicas y las metanarrativas. Son narrativas puesto que suponen maneras de entender la vida individual. Carolyn G. Heilbrun señaló que:

We live our lives through texts. They may be read, or chanted, or experienced electronically, or come to us, like the murmurings of our mothers, telling us

what conventions demand. Whatever their form or medium,... they are what we must use to make new fictions, new narratives. (1988:37)

Las narrativas públicas tienen distintos niveles de legitimidad. Aquellas que tienen mayor fuerza son lo que Molly Andrews denomina “narrativas maestras”. Estas cumplen la función de “ofrecer formas de identificar aquello que se asume como experiencia normativa” por lo que tienen un uso parecido al de planos que guían la construcción de las narrativas individuales (Andrews y Bamberg, 2004:1)¹¹. En palabras de Andrews:

“...such storylines serve as a blueprint for all stories; they become the vehicle through which we comprehend not only the stories of others, but crucially of ourselves as well. For ultimately, the power of master narratives derives from their internalisation. Wittingly or unwittingly, we become the stories we know, and the master narrative is reproduced.” (idem)

Andrews señala que, cuando los individuos reconocen que sus experiencias de vida no son compatibles con estas historias dominantes, enfrentan el desafío de dar sentido a sus vidas desde narrativas que se desvían de las maestras: *“The challenge then becomes one of finding meaning outside of the emplotments which are ordinarily available”* (Andrews y Bamberg, 2004:1). Sin embargo, es preciso señalar que el desajuste con las narrativas dominantes tiene costos importantes para los individuos. Mónica Filardo señala que dicho desacuerdo tiene implicaciones negativas para la integración social de los individuos por las vías tradicionales, por lo que estos desajustes amplían las distancias entre los grupos sociales, “produciendo y reproduciendo” desigualdad (Filardo, 2013:2).

Para entender estas narrativas “disonantes”, Molly Andrews propone el concepto de contranarrativas, aquellas que desafían las narrativas dominantes que oscurecen o niegan a las narrativas de los grupos sociales marginados. Es importante señalar que no se trata de “contranarrativas” en el sentido estricto de la palabra, pues no se puede decir que las personas con trayectorias desviadas busquen subvertir o negar el concepto de adultez. Como señala Andrews, las “contranarrativas” no se presentan como una oposición

¹¹ Andrews, Molly y Michael Bamberg, eds. (2004). *Considering Counter-narratives: narrating, resisting making sense*, John Benjamins Publishing Co. Amsterdam.

dicotómica de las narrativas maestras sino como relatos críticos, “*never fully oppositional nor untouched*” (Andrews y Bamberg, 2004:2). De hecho, al tratar de adecuar las historias “esperadas” a su historia de vida, aquellas que indican lo que las convenciones demandan de nuestra historia, los individuos les confieren nuevos sentidos e interpretaciones: “*In the stories they tell, the speakers reveal the power of counter stories to “expose the construction of the dominant story by suggesting how else it could be told”*” (Andrews and Bamberg, 2004:3). Visto de esta manera, sería posible pensar, que toda historia, al ser una instanciación de una narrativa pública, es una contranarrativa. Pues, como señalan Gagnon y Williams, los esquemas abstractos de los escenarios culturales siempre tienen que ser traducidos y adaptados a la experiencia concreta. Es por esto que todas las narrativas pública tienen un margen amplio de ambigüedad, pueden ser la historia dominante, pero siempre habrá muchas maneras de contar la misma historia.

Categorización, identificación y auto-identificación de género

A partir de los años sesenta, la interseccionalidad se ha convertido en uno de los conceptos centrales de la literatura de género. Esto ha permitido que se haga un desarrollo considerable de la reflexión sobre cómo se relacionan las identidades sociales que atraviesan a las personas, sobre todo, aquellas que dan cuenta de relaciones sociales asimétricas. Mara Viveros Vigoya define la interseccionalidad como una perspectiva teórica y metodológica que busca dar cuenta de la percepción cruzada e imbricada de las relaciones de poder. Esta autora señala que fue en el marco del feminismo estructuralista (Viveros, 2016) que se formalizó el paradigma. Este enfoque es posteriormente criticado por Kathy Davis (Viveros, 2016), quien se inscribe a la teoría feminista posmoderna y considera las identidades como múltiples y fluidas. Desde la perspectiva de Davis, rigidizar el concepto de interseccionalidad a partir de una metáfora aritmética, como una sumatoria de identidades, afecta su vaguedad, que es una de sus mayores fortalezas.

A pesar de su surgimiento como crítica del feminismo *mainstream*, la interseccionalidad pasó a ser un concepto central, en lo que ahora se denomina la tercera ola del movimiento feminista. Viveros Vigoya se decanta por la propuesta de Kergoat (2009) quien señala que estas categorías de diferencia social son consustanciales y coextensivas, en el sentido de que generan experiencias vitales íntegras y que se reproducen mutuamente. Las categorías que identifican a los individuos no se traducen en ventajas o

desventajas que se adicionan, tienen un contexto histórico y una producción temporal. Es interesante la advertencia que hace la autora en las conclusiones al decir que todo discurso emancipador tiene el potencial de adoptar una forma hegemónica y generar nuevas exclusiones. Toda intención de separar las cualidades de una persona en dimensiones distintas, creando una ilusión de fragmentación, fallará al tratar de explicar una realidad en la que las distintas posiciones, categorías y atributos que constituyen a las personas son indisociables y fluyen en el tiempo y las situaciones. La fragmentación aviva las nociones esencialistas de las identidades. Por otro lado, la perspectiva narrativa hace central en el análisis el tiempo y la experiencia. No son identidades encapsuladas, sino en un flujo entretejido. Esto no significa que se trate de un proceso lineal de imposición uniforme sino un proceso temporal que invita la innovación, donde el pasado y la experiencia de las normas cotidianas de regulación simbólica de las identidades se inscriben en el cuerpo y se interpretan a la luz del presente (McNay, 1999:317).

Las identificaciones sociales que nos interesan: de adultez y de género, pueden ser diferenciadas en términos del tipo de identificación al que están sujetas. West y Zimmerman (1987) señalan que el género es una de las identidades maestras (o encarnadas, como definimos arriba) en tanto que es:

“...indisociable respecto al individuo, al grado de que este la percibe como natural e inmutable al acumular tres tipos de operaciones: la clasificación de las personas... al momento de su nacimiento,... la identificación del individuo como miembro de un sexo u otro a lo largo de su vida, y la actuación de la persona según las normativas y actitudes atribuidas a esa categoría” (Cedillo, 2016:207)

Estas operaciones permiten a estos autores ofrecer una definición clara de la diferencia entre género y sexo. La primera operación, la “clasificación” que realizan las instancias de nominación, es lo que los autores llaman el sexo. Estas instancias de nominación sostienen metanarrativas que reproducen un cierto orden de las relaciones de género: un habitus sexuado. La segunda operación, la identificación de un individuo con un sexo a lo largo de su vida, es lo que llaman categorización sexual. La tercera operación que es la actuación de las personas de acuerdo a los atributos de una categoría, es lo que los autores llaman

género. Estos tres elementos permiten entender como el género se hace presente en el proceso de transición a la adultez en términos temporales, interactivos y situacionales.

Por el momento, son útiles para especificar las características del “proceso de identificación de género”. El género como narrativa maestra aparece como indisociable del individuo a través de las tres operaciones que vimos arriba y que están mediadas por la interacción con otras personas e instituciones. En este trabajo nos interesa cómo este proceso se puede especificar desde una construcción narrativa. Aquí se hace un renombramiento de la clasificación de West y Zimmerman. El proceso por el cual las personas son clasificadas al momento del nacimiento como pertenecientes a un sexo por parte de distintas instituciones se denomina, la “nominalización” de género. Es gracias a esta primera clasificación que comienza el proceso de reificación de las identidades de género, que se ve reforzado y sostenido por el segundo proceso: la identificación, que West y Zimmerman llaman categorización sexual y que da cuenta del continuo enclasmiento de los individuos en un sexo a lo largo de su experiencia de vida. Por último, tenemos el proceso de “autoidentificación”, que es la representación que hace la persona del género con el que se le identifica, esto puede ser algo superficial, como una adopción volitiva y pasajera, hasta comportamientos con un arraigo más profundo, como “disposiciones” obtenidas por el individuo vía el habitus sexuado, las identidades de género. Estas operaciones, a través de las cuales se construyen las identidades de género de manera cotidiana, no son esquemas lineales de imposición, estructuras casi permanentes de género, sino la “regulación temporalizada de normas y prácticas socio-simbólicas” (Butler en Mcnay, 317) que puede estar sujetas a rupturas, discontinuidades, etc. y que da cuenta inscripciones de la experiencia en el cuerpo y en la subjetividad, a través de las disposiciones adquiridas en la interacción social cotidiana: el habitus sexuado.

Esto puede dirigir nuestra atención hacia cómo el género se entreteje a la construcción identitaria de los individuos, convirtiéndose en un elemento de su “yo mismo”, recordando el concepto de G. H. Mead. Este autor señala que el individuo es capaz de tomarse a sí mismo como objeto, a partir de la mirada de otros y del otro generalizado de una sociedad, como menciona el autor: “La persona, en tanto puede ser un objeto para sí, es esencialmente una estructura social y surge en la experiencia social” (Mead, 1953:172). Para este autor, el individuo se construye a partir de la dualidad del yo y del mí. Siendo el

primero la reacción irreflexiva frente a la acción de otros. El “mí mismo” (self) es el elemento reflexivo, que ha incorporado las actitudes de otros y del yo generalizado, podríamos decir que se trata de la identidad “social” del individuo, donde “procesa” las representaciones, las normas de conducta y de emociones, etc.

El “mí mismo” también se construye en el actuar. Desempeñar rutinariamente un cierto papel conlleva la apropiación de ciertos conceptos a la manera en que las personas se conceptualizan a sí mismas. El mí mismo es producto del intercambio social, cuya construcción empieza desde muy temprana edad, aunque a lo largo de la vida se ve reforzada o modificada según los patrones que los individuos encuentran en sus relaciones sociales y en sus experiencias. Como señala Bruce Hart, “*knowledges of the self form a multiverse of meanings which are created through one’s experiences in relation to others and through social contexts*” (Hart, 1996:44). Estas “experiencias” adquieren significado al convertirse en una narrativa, que construye el individuo para facilitar la interpretación, lo que se alinea con el concepto de identidad narrativa.

De acuerdo con este autor, estas interpretaciones narrativas están influidas por las construcciones que los individuos tienen de sí mismos, por lo que hay un proceso interactivo entre los constructos sociales y las experiencias de vida en el núcleo del “mí mismo” (Hart, 1996:45). Esto se refiere a los procesos de construcción de subjetividad de la persona a partir de la identificación propia y de otros con discursos de género.

Por ahora, es importante hacer una revisión del concepto de “*gendered self*” que nos permitirá entender cómo las personas se narran como mujeres o como varones. Hart señala que la palabra “*gendered*” que se usa para describir “*something that is in the process of being continually created and maintained, as opposed to being a given quality in the individual*” (Hart, 1996:46), esta definición insiste en la producción relacional y situada del género, posibilitada por la narración.

Lo “masculino” y lo “femenino”, como “roles” sociales, no son categorías unívocas. Hay una enorme diversidad de definiciones que, en general, hacen referencia a modelos de género dominantes. La experiencia que tiene cada individuo de sí mismo supera ampliamente estas definiciones sociales, que sólo sirven al individuo como “rutas de acción”, tal como señala Goffman. Las personas pueden dar mayor o menor validez a ciertos atributos de estas definiciones en su actuar, que se buscan imponer a su identidad

desde la sociedad, a partir de procesos de nominalización e identificación de una persona con un género y su sistema de atributos. La adherencia a estos conjuntos de representaciones puede variar de situación en situación. Frosh señala que:

“...sexual difference ‘is’ [not] anything absolutely fixed; rather the organization of the social world around difference produces people in relation to gender, so that what are in principle ‘empty’ categories (masculine, feminine) become filled with expectations, stereotypes and projections. This does not make their effects any less real: though gender distinctions may be constructed and in important senses ‘arbitrary’, they have a hold over us and are difficult, perhaps impossible to transcend.”
(Hart, 1996:47)

Esta visión permite entender que el género no es una estructura permanente, aunque tiene efectos reales al tratarse de categorías que se llenan de significados, algo cercano a la definición de Butler de género, como una “regulación en el tiempo de normas y prácticas sociosimbólicas” (McNay, 1999:317). Desde esta perspectiva, la reconstrucción narrativa de la subjetividad de género de las personas resulta la aproximación más adecuada, pues permite observar el proceso por el cual las personas le dan sentido a lo que de otra manera sería una experiencia demasiado fragmentada y tumultuosa. Esto implica terminar la búsqueda por descubrir a la “mujer” o al “hombre” y rastrear el proceso de construcción de dichas categorías en la subjetividad y en el discurso. Como señala Mouffe:

“Si la categoría "mujer" no corresponde con ninguna esencia unitaria y unificadora, el problema ya no debe seguir siendo tratar de descubrirla. Las cuestiones centrales vienen a ser: ¿cómo se construye la categoría "mujer" como tal dentro de diferentes discursos?, ¿cómo se convierte la diferencia sexual en una distinción pertinente dentro de las relaciones sociales?, y ¿cómo se construyen relaciones de subordinación a través de tal distinción? Todo el falso dilema de la igualdad versus la diferencia se derrumba desde el momento en que ya no tenemos una entidad homogénea "mujer" enfrentada con otra entidad homogénea "varón", sino una multiplicidad de relaciones sociales en las cuales la diferencia sexual está construida siempre de muy diversos modos, y donde la lucha en

contra de la subordinación tiene que ser planteada en formas específicas y diferenciales.” (Mouffe, 1993:8)

Esta larga de cita nos permite, a su vez, rescatar una definición de género más general, como sistema de principios organizadores de la vida social que se construye a partir de la diferencia sexual. Asimismo, siguiendo esta propuesta, en este trabajo se buscará explorar cómo se construye las categorías de hombre y mujer desde el discurso de las instituciones desde las cuales las personas son reconocidas como adultos. Esto nos permite explorar los procesos de identificación sexual que se dan durante la transición a la adultez.

El Esquema I que se presentó en el apartado anterior nos permite aclarar nuestra concepción del género como una categoría relacional que se construye por tres vías: la nominalización, donde se concentran las fuerzas “centrípetas” que buscan estabilizar e imponer una cierta definición de la persona dentro de un esquema binario (hombre o mujer) y que sostienen un cierto habitus de género; la identificación que es la dimensión interactiva del género, cuyo significado y características son construidos en situaciones de interacción específicas y, finalmente, la autoidentificación que se remite a la dimensión performativa del género, los distintos niveles de agencia del individuo al representarlo, desde las representaciones más superficiales y volitivas hasta las disposiciones que se internalizan en el marco de un habitus sexuado.

Otro punto que es importante destacar es que el “proceso de identificación de género” se hace presente en el proceso de transición a la adultez en términos temporales, interactivos y situacionales. El significado o valor que le da el individuo narrador a las narrativas públicas de género no es fijo, sino que su variación acompaña el movimiento de las personas en el espacio y en el tiempo. Mouffe señala que en este movimiento, las distintas identificaciones del individuo se vinculan en una relación de articulación contingente, variable y no predeterminada. Este vínculo es el resultado de una interpretación de la articulación de posiciones sociales de las personas por lo que Mouffe puntualiza que: “El sujeto se constituye dentro de una estructura discursiva esencialmente inestable” (1993:8). Esta acotación resulta pertinente para adentrarnos a las transiciones a la adultez. En este sentido, Patricio Ríos Segovia señala, retomando conceptos de Bourdieu, que nuestro movimiento en el espacio social conlleva un desplazamiento de entre

localizaciones de subordinación y dominación, fundadas en una realidad social considerada como objetiva a partir de los distintos procesos semióticos señalados anteriormente. (UNICEF, 14) Retomar estos puntos sirve para pensar en la “transición a la adultez”, que es el segundo proceso de identificación que nos interesa conceptualizar, así como hemos hecho con el género.

La categoría “edad” y la definición de transición a la adultez

Es preciso definir lo que entendemos por “transiciones a la adultez”. Este concepto no se puede entender fuera del marco de una construcción social de las etapas de la vida. Siguiendo la idea de Mouffe, sobre cómo trabajar con las categorías sociales, es pertinente preguntarnos cómo se ha construido social y discursivamente la categoría de “adultez”. Debido a que las etapas de vida no son enteramente “biológicas”, sino que se construyen socialmente: se dividen, se marcan y se llenan de atributos en procesos sociales de construcción de intersubjetividad que son sostenidos por arreglos institucionales a lo largo del tiempo, una especie de habitus etario. Es por esto que se observa variación entre sociedades e incluso dentro de una misma sociedad.

Un ejemplo de esto son los rangos de edad que definen “oficialmente” las divisiones de las etapas de vida. Generalmente, hay instancias de nominación o clasificación que establecen de manera “formal” estas divisiones, por ejemplo la “mayoría de edad” en cada país. En México, por ejemplo, el Instituto Mexicano de la Juventud establece que la juventud se extiende entre los 15 y los 24 años de edad (Projuventud, 2014). Además, se considera que una persona es adulta mayor a partir de los 60 años, por lo que se podría establecer que la adultez en México “oficialmente” discurre entre los 25 y los 59 años. Estos rangos de edad se establecen para facilitar las decisiones de política pública, son el resultado de controversias y debates, pero una vez establecidos instituyen etapas de vida.

Los rangos de edad son una de las formas de marcar las fronteras en las etapas de vida de las personas. Estas etapas están señaladas por narrativas culturales dominantes, de acuerdo de la definición de Molly Andrews, citada más arriba, quien señala que las “narrativas maestras” cumplen la función de “ofrecer formas de identificar aquello que se asume como experiencia normativa” por lo que tienen un uso parecido al de planos que guían la construcción de las narrativas individuales (Andrews y Bamberg, 2004:1). Al

conceptualizar las construcciones culturales de las etapas de vida como narrativas maestras se propone que estas son guías culturales que la gente utiliza para dar sentido a sus historias y las de otros. Esto es facilitado por el amplio margen de ambigüedad que define estos conceptos, siempre en pugna y en continua redefinición. A pesar de ese margen de ambigüedad, las narrativas maestras sostenidas desde las distintas instituciones que “validan” la adultez (como se verá más adelante) pueden revelarse poco compatibles con las experiencias de vida de las personas. Así, como vimos anteriormente, cuando los individuos reconocen que sus experiencias de vida no están en consonancia con estas historias dominantes enfrentan el desafío de dar sentido a sus vidas desde narrativas que se desvían de las maestras, encontrar un significado fuera de las tramas dominantes (Andrews y Bamberg, 2004:1). Recordemos también que el desajuste con las narrativas institucionales tiene costos importantes para los individuos en términos de integración social, por lo que promueven la reproducción de la desigualdad (Filardo, 2013:2).

Retomando el concepto de Andrews de contranarrativas, en el caso de las narrativas dominantes sobre las etapas de vida, lo que se conoce como las “trayectorias normativas de transición a la adultez” han sido criticadas ampliamente por investigaciones empíricas que demuestran que no representan las trayectorias reales de las personas en países con menor desarrollo y que, incluso, se observan diferencias importantes en las trayectorias de vida de personas dentro de las mismas sociedades, desviaciones que son atribuidas a diversas fuentes de desigualdad como la clase, el género, la etnia, etc. El supuesto del que parte este trabajo es que las concepciones atribuidas institucionalmente a las etapas de vida, en específico la “adultez”, pueden presentarse ajenas o extrañas a la experiencia de vida de las personas, debido al cruce con construcciones de género, lo que obligaría a las personas a buscar adaptar, desafiar, cuestionar o redefinirlas al construir sus propias narrativas de transición a la adultez. Esto no quiere decir, como se señaló al principio de este trabajo, que todas las narrativas sean abiertamente desafiantes a la narrativas dominantes, las personas pueden incluso narrar sus transiciones a la adultez sin buscar desafiar las narrativas maestras pero, al intentar adaptarlas a su historia de vida, les confieren nuevos sentidos e interpretaciones de manera involuntaria, proponiendo diferentes maneras de contar la misma historia (Andrews and Bamberg, 2004:3).

Ha sido ampliamente debatido que, estas trayectorias normativas reflejan cada vez menos la experiencias vitales de personas en distintas coordenadas sociales. Sin embargo, esto se complejiza teniendo en cuenta que hay un abanico de instituciones sociales que cuentan con un discurso sobre “adulthood” y estos discursos pueden ser diversos e, incluso, antagónicos. No obstante, es claro que en todos los discursos sobre adulthood hay algo en común, la idea de que se trata del estado “más acabado” del sujeto social, el momento de la vida en el que se cuenta con el mayor grado de autonomía y de reconocimiento a la capacidad de actuar sobre sí mismos y la sociedad.

El hecho de que la definición de la adulthood sea objeto de polémica da cuenta de que hay un orden etario de distribución de recursos sociales, en términos de Bourdieu, capitales social y simbólico, que está continuamente en pugna. De acuerdo con Gutiérrez y Ruíz (2006), el “campo” de la edad está “...estructurado por los subcampos sociales de la longevidad, de las clases de edad y de las generaciones... [y] se constituye en las disputas de agentes diversos por un capital simbólico que está constituido también por la edad” (2006 en Ríos, 2008). La adulthood es entendida, por estos autores, como un “capital”, en tanto que el “adulto” es el sujeto social que cuenta con el mayor reconocimiento, por su productividad y capacidad de ser autónomo. Esta representación de la adulthood se ve ejemplificada por el concepto de *facultas agendi* utilizado en derecho para sustentar la “mayoría de edad”, este concepto jurídico actúa como un “criterio estándar de certidumbre jurídica” que sirve para reconocer la “existencia de plena capacidad de obrar” lo que se traduce en que los actos de los individuos sean considerados válidos y efectivos jurídicamente (Ballesté, 2015:130). Esto nos muestra que detrás de la idea de “adulthood” hay una concepción evolutiva del desarrollo humano, que otorga al sujeto adulto el carácter más acabado en términos de capacidad de actuar.

Esta concepción de la adquisición de capacidad para actuar se utiliza a la par o se sustituye por el concepto de autonomía en la mayoría de las definiciones de transición a la adulthood que se encuentran en la literatura sobre transiciones a la adulthood. Oliveira y Salas definen la transición a la adulthood como “un proceso de emancipación individual, mediante el cual las personas adquieren una mayor autonomía y ejercen un mayor control sobre sus vidas que implica el asumir nuevas responsabilidades” (2009:267). Esta definición se podría enriquecer incluyendo la consideración de que la emancipación y la autonomía se

adquieren respecto a instituciones sociales, como la familia, el Estado, entre otras instituciones que reproducen ciertas narrativas normativas de transición a la adultez. La adultez es la etapa de vida en la que se cuenta, idealmente, con el reconocimiento absoluto por parte de estas instituciones. Así, podemos señalar que es entendida en términos de autonomía, emancipación, adquisición de responsabilidades (o nuevos roles sociales) y, algo que no se ha destacado, de reconocimiento por parte de las instituciones sociales. Debido a que toda identificación conlleva la construcción de diferencias respecto a otros grupos, como mencionamos arriba, podemos sostener que esta definición tiene como contraparte las representaciones de otras identidades etarias (juventud, vejez, niñez) que no cuentan con una autonomía completa, ni “cargan” con las mismas responsabilidades ni tienen un estatus social “acabado”. Estas “otras” etapas también están articuladas por narrativas dominantes.

Una definición más específica de la transición a la adultez es la de Casal et al. La definen como “una articulación compleja de procesos de formación, inserción profesional y emancipación familiar” que resultan en un “enclasmamiento social” de las personas y que tiene lugar en el marco de un “sistema político de transición” que tiene una localización sociohistórica y geopolítica concreta (2006:29). Podemos observar que las instituciones implícitas respecto a las cuales se construye una relación autónoma son el estado, el mercado y la familia, que son de gran relevancia pero no son las únicas instituciones que definen la adultez. Esta definición es cercana a la ofrecida por Cortéz y Salas quienes señalan que:

“El tránsito a la vida adulta es conceptualizado como un proceso de naturaleza dual. De un lado, este proceso es moldeado, entre otros elementos, por la conjugación de orígenes sociales, adscripciones socio-culturales y experiencias precedentes que condicionan las acciones de las personas. Mientras de otro, se dimensiona la fase juvenil como un proceso intensivo de transformación que se despliega con diferentes grados, temporalidades y tipos de agencia humana, al tiempo que se suscita la adquisición de nuevos roles, responsabilidades y circunstancias que prefiguran el reconocimiento, la autonomía y la emancipación que da sentido a la noción de adultez.” (2017:181)

Las definiciones anteriores son compatibles con el enfoque narrativo sostenido en esta investigación, ya que promueven la reconstrucción de una estructura narrativa, donde se relacionan eventos seleccionados en una lógica secuencial. No obstante, divergen en tanto que no consideran la importancia de reconstruir el proceso desde la perspectiva de los individuos que los viven. Recuperar esta narración personal permitirá explorar las interpretaciones que se le dan las narrativas dominantes, las desviaciones y resistencias, en fin, cómo las personas conciben sus propias trayectorias respecto a los esquemas culturales dominantes que los enmarcan.

Los conceptos de itinerarios y trayectorias buscan recuperar la “agencia” de los individuos, reconstruyendo sus elecciones y decisiones, y tomando en consideración las determinaciones estructurales: familiares, culturales, simbólicas, entre otras, que las circundan. Recuperar la narración biográfica conlleva la tarea de recuperar como el individuo articula lo social a su relato personal y la manera en que significa este proceso social desde su identidad, constituida por las dimensiones de nominalización, identificación y autoidentificación que se plantearon anteriormente. Para esto, el enfoque narrativo resulta sumamente útil en tanto que las personas reconstruyen sus relatos seleccionando los eventos que consideran como los más relevantes para contar la historia de quiénes son, sus identidades narrativas. Esto se debe a que, desde el enfoque narrativo, se considera que las personas al hablar de su vida siempre están hablando de sí mismos, pues están incurriendo en un ejercicio de localización social. Estas identidades narrativas, como mostramos anteriormente, no son monológicas sino que dialogan con las instituciones y sus narrativas dominantes, son influenciadas por sus discursos y sus niveles de reconocimiento. Las instituciones “evalúan” las trayectorias e itinerarios individuales respecto a sus narrativas institucionales y cuentan con medios y formas de establecer o denegar el carácter de “adulto”, en los casos de mayor desviación. Esto se debe a que, a pesar de tratarse de un reconocimiento simbólico, tiene una contraparte material, en cuanto que se traduce en un reparto de recursos sociales. Las instituciones detentan distintos niveles de control sobre la autonomía de las personas, de acuerdo con sus capitales. El estado, al detentar el monopolio de la fuerza legítima, es la institución con la mayor capacidad para intervenir en la autonomía de las personas, e incluso, tiene la posibilidad de decidir sobre el nivel de control de otras instituciones sobre el individuo, por ejemplo, el estado tiene la facultad de

extraer a hijos de la tutela de sus padres en casos en los que los tutores no tengan la capacidad de cuidar a los hijos o que incurran en abusos contra ellos.

La distribución de reconocimiento por parte de estas instituciones no es neutral sino que está atravesada por las representaciones (explícitas o implícitas) que se tienen sobre los grupos sociales que coexisten a su interior. Casal et al. señalan que la reconstrucción de itinerarios básicos para agrupaciones sociales “equivale a pensar en la diversidad y la desigualdad social, pensar en la estructura social y las constricciones” (2006:34). Aunque es cierto que estas tipificaciones de los itinerarios vitales pueden dar cuenta de cómo las desigualdades sociales diversifican las trayectorias, no se está problematizando cómo las instituciones “distribuyen” su reconocimiento y cómo esta distribución está influenciada por representaciones y construcciones de ciertas identidades sociales, como el género, que permean las narrativas maestras sobre transición a la adultez. Las narrativas dominantes de transición a la adultez tienen correlatos de construcción discursiva de otras fuentes de desigualdad, que pueden resultar en la coexistencia más o menos subalterna de contra-narrativas.

Hay una precisión que resulta importante plantear: al hablar de adultez, juventud, etc. nos referimos tanto a identidades como a un ordenamiento biográfico de las relaciones de los individuos con un abanico de instituciones, que da cuenta de las transformaciones de estas relaciones a lo largo de una historia de vida.

Nos referimos a identidades en tanto que se admite que las etapas de vida son percibidas socialmente como un tipo de pertenencia a una categoría social a la que se le atribuyen expectativas, comportamientos y estereotipos. Estos constructos sociales alrededor de las etapas de vida tienen, por lo tanto, dimensiones de nominalización, identificación y autoidentificación. La subdivisión de las edades en etapas se vuelve algo concreto y real a partir de ritos, trámites y documentos que atestán la pertenencia de un individuo a una de estas etapas. En cuanto a la identificación, retomando la tipología de Goffman, se observa que la atribución de expectativas, comportamientos normativos y estereotipos pueden producir estigmas de “carácter o personalidad”, pues las divisiones etarias son dotadas de una carga normativa. Cada una es ligada a comportamientos que deben orientar a los individuos y que los individuos deben representar. De acuerdo con Gutiérrez y Ríos: “la categoría edad ha sido desplegada básicamente por las ciencias de la

conducta derivando en un abanico de edades o etapas del desarrollo humano, cada una de ellas caracterizada por un conjunto de rasgos compartidos” (2006:14). Según la “etapa” de vida se establecen una serie de comportamientos que son válidos o desviados a partir de los atributos ligados a cada etapa. Esto se puede ver ilustrado por la diferenciación etaria de las formas de vestir. Las tiendas de ropa no sólo se dividen en departamentos masculinos y femeninos, sino que establecen “secciones” de ropa más juvenil y de ropa más “seria” para “adultos” (que es, en muchos casos, ropa pensada para trabajos en oficina, lo que da cuenta de una cierta representación de la adultez). Finalmente, tenemos que la adultez se puede expresar en índices de comportamiento que los individuos deben cumplir, representar por lo que tiene una dimensión de performatividad que tiene distintos niveles de agencia: desde las representaciones más superficiales y volitivas hasta los comportamientos resultantes de las disposiciones adquiridas en un habitus etario establecido.

Sin embargo, las dimensión identitaria de las etapas de vida no constituyen por sí mismas la pertenencia de los individuos a los distintos grupos etarios, no porque un niño actúe como adulto o viceversa, o porque un adolescente consiga una credencial falsa, significa que las personas puedan desplazarse entre etapas de vida. Los índices de adultez definitorios son eventos de vida que la sociedad determina como momentos que marcan el pasaje entre la juventud y la adultez. Esta es la segunda definición de las transiciones a la adultez, como la transformación de las relaciones del individuo con diversas instituciones a lo largo de su biografía. Elder indica que la ocurrencia de dichos eventos se traduce en la transformación de los roles sociales de las personas en la sociedad(en Oliveira y Salas, 2009:118). Desde la sociodemografía se han establecido una serie de eventos como marcadores del paso a la adultez: primer trabajo, primer embarazo, salida de la casa de los padres, salida de la escuela, matrimonio, primera relación sexual y primer hijo. Por lo tanto, es de destacar que la transición a la adultez es un desarrollo “temporal” de pasaje por distintos eventos marcadores, que se caracterizan por su carácter relacional (por ejemplo, la mayoría de edad es una “adultez” respecto al estado, mientras que la salida de la casa de los padres es respecto a la familia, etc.) y secuencial. Identificar estos elementos nos permite tener una concepción compleja de los pasajes a la adultez, no como una transición de una “identidad a otra” sino como la transformación en el tiempo de la relación de los individuos con distintas instituciones sociales (familia, mercado, mercado de trabajo, Estado,

instituciones religiosas, etc.) en términos de “adquisición de autonomía” y de nuevas expectativas. Cada una de estas instituciones sostiene una narrativa dominante sobre cómo se llega a ser adulto, con la que las personas dialogan y negocian al narrar sus historias de vida. Es en este diálogo o negociación que se pueden observar las variaciones en las historias personales, que dan cuentas de esas “otras formas de contar” la misma historia, las contranarrativas.

Cabe señalar que se entiende que la desigualdad y las asimetrías sociales que emergen de la diferenciación etaria no son unívocas. Lo que define la diferenciación etaria como una ventaja o desventaja social depende en gran medida del cruce con otras identidades sociales con las que las personas se identifican son identificadas: el género, la clase social, la etnia, entre otras. Aquí nos interesa su cruce con el género. ¿Cómo el género afecta las narrativas a través de las cuáles las personas se definen como “adultos” en relación a las distintas instituciones? Por ejemplo, en muchos casos la transición a la adultez de las mujeres no implica una emancipación de la institución familiar, pues el matrimonio o el primer embarazo, a pesar de sí significar una adquisición de responsabilidades nuevas, no se acompaña de un incremento en su independencia, ya sea porque estos eventos no fueron elegidos, porque no controla los recursos que hacen posible, facilitan o dificultan estas tareas, etc. Esto nos lleva a avanzar dos supuestos. Primero, que la identificación (y autoidentificación) de género tiene lugar en el marco de estos procesos de adquisición de responsabilidades y autonomía que definen las diferencias entre los grupos etarios, por lo que está pautada por las transiciones a la adultez. Por otro lado, que los procesos de transición a la adultez están atravesados por las identificaciones (y autoidentificaciones) de género. Estos dos supuestos son los que se buscan explorar en las narraciones de las y los entrevistados.

Lo que se busca explorar es si las desigualdades en términos de género no sólo producen desviaciones en las trayectorias individuales con el modelo normativo, sino que la definición misma de adultez de las distintas instituciones sociales que “acreditan” dicho estatus están construidas desde un sesgo de género.

Aquí se plantea la siguiente definición de la transición a la adultez. Se define como las narrativas dominantes del proceso de transformación de las relaciones de la persona respecto a ciertas instituciones, donde se trasmutan las expectativas y se adjudica un nuevo

reconocimiento como sujetos sociales. *Grosso modo*, esta definición concibe a la adultez tanto como un tipo de identificación social (en tanto que las categorías etarias son construidas socialmente y se les atribuyen estereotipos, comportamientos apropiados, etc.) como un tipo de relación de los individuos con las instituciones de la sociedad. En este sentido, las narraciones de transición a la adultez develan la interpretación que hacen los individuos de la transformación de sus relaciones sociales con un abanico de instituciones sociales. ¿Cuáles son los eventos claves que seleccionan al narrar sus historias, cómo los secuencian y los valoran, cuál es la trama central de la historia? El significado que le otorgan a la adultez estará influenciado por el cambio en las expectativas de comportamiento y prácticas de interacción con dichas instituciones, que está mediado, a su vez, por las narrativas dominantes de género que estas instituciones sostienen.

Esta definición del proceso de transición a la adultez nos permite incluir los cuatro rasgos principales que Somers señala que debe tener cualquier estudio con orientación narrativa: 1) relacionalidad de las partes (formación, familia y trabajo), 2) entramado causal, 3) apropiación selectiva y, finalmente, 4) temporalidad, secuencia y lugar. Estos elementos definen a las narrativas como constelaciones de relaciones, insertas en el espacio y el tiempo, articuladas por una trama causal (Somers, 1994:616). La concepción normativa de las transiciones a la adultez tienen una estructura narrativa: se establece un estadio inicial (la juventud) que, a partir de una apropiación selectiva de ciertos eventos vitales (completar educación formal, primer empleo, matrimonio, emancipación y tener el primer hijo) que se ordenan temporalmente y que se eligen a partir de ciertos valores culturales (la productividad, la participación política, la reproducción social, etc.) va desarrollando un relato con una trama específica: la identificación progresiva del individuo como ser humano adulto autónomo, siempre en relación a alguna institución social.

El trabajo de Echarri y Pérez Amador (2007) nos da pistas sobre el carácter narrativo de los procesos de transición a la adultez. Estos autores sostienen que la secuencia de los cinco eventos de transición que estudian para el caso de jóvenes mexicanos (salida de la escuela, primer empleo, salida del hogar paterno, primera unión y primer hijo nacido vivo) no se corresponde con las trayectorias normativas. Lo interesante de este trabajo es que estudia la interrelación entre estos eventos y descubre que las diferencias de “secuenciación” conllevan un aumento o disminución de las desventajas sociales. Así

mismo, que el retraso o aceleración de estos procesos se pueden explicar por diferentes niveles socioeconómicos. Esto está en consonancia con los planteamientos del enfoque narrativo donde la secuencia y la interrelación entre eventos es un elemento clave para su constitución como episodios de una narrativa y de la trama en general. Las diferencias en la secuencialización de los eventos pueden trastocar todo el sentido u interpretación de una historia. Si consideramos que la trama central de la narrativa dominante de la adultez es la adquisición de autonomía, ¿cómo acomodamos las historias donde se retrasa la salida de la casa de los padres o del acceso a un primer empleo o, más aún, cómo se entienden los relatos con retornos intermitentes? Lo que permite el enfoque narrativo es proponer que esas distintas versiones de la misma historia dan cuenta de una reinterpretación de la trama de la adultez. Explorar esta diversidad de interpretaciones resultaría sumamente rico para el trabajo que se plantea.

Por otro lado, se ha observado que el sexo y la clase social, y otras categorías de desigualdad, derivan en “desviaciones” de los itinerarios personales de las trayectorias normativas (Oliveira y Salas, 2011:37). Orlandina de Oliveira y Minor M. Salas se remiten a la investigación de Rodolfo Tuirán (1999) en donde se demuestra que las trayectorias normativas es minoritario para el caso de las mujeres mexicanas. Así como el trabajo de Marie-Laure Coubès y René Zenteno (2005), quienes señalan que no es posible hablar en México de una “institucionalización del paso a la vida adulta”, sobre todo en lo que respecta a las mujeres. La investigación de Oliveira y Salas demuestra como la desigualdad en términos socioeconómicos ligada al sexo de la persona representa un factor que obstaculiza el acceso al modelo dominante. ¿Qué características de las narrativas dominantes sobre transición a la adultez restringen el acceso de poblaciones marginalizadas y cuáles son las contranarrativas dadas por estos grupos para hablar de sus pasajes a la adultez? Asimismo, cuestionarse si realmente hay una adecuación homogénea a estas trayectorias por partes de las y los jóvenes de las clases con mayores recursos.

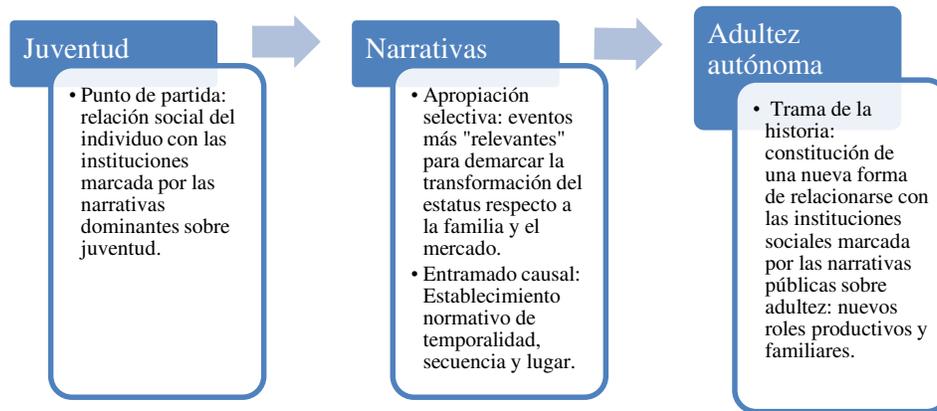
A grandes rasgos, la amplia cantidad de trabajos sobre transición a la adultez hacen patente que las desigualdades sociales afectan activamente las trayectorias de los individuos, alejándolas del modelo normativo. Esto permite intuir que ahí donde las experiencias de vida divergen de las narrativas dominantes han de surgir una gran variedad de contranarrativas sobre transición a la adultez, de acuerdo a la localización social de los

individuos, que no se refleja en esa definición rígida de trayectorias normativas. Es posible que la variación de las narrativas de transición a la adultez esté permeada por otras narrativas dominantes respecto a grupos y categorías sociales. A grandes rasgos, lo que este trabajo propone es que cuando los individuos reconstruyen su transición a la adultez a partir de una interpretación narrativa, la narración estará influenciada por las experiencias pasadas del individuo, sus expectativas y también sus identificaciones sociales.

Como señalan Taylor y Somers, la selección de los eventos que conforman episodios de una narrativa identitaria está filtrada por la adherencia de las personas y grupos a ciertos valores. Estos “valores” surgen de metanarrativas más amplias, que superan las biografías individuales, y que surgen y se forjan al calor de la historia, pero que se integran a las narrativas personales a través de “lugares comunes”, como lo es la “superación de la pobreza con el esfuerzo”, una trama (*plot*) que forma parte de un repertorio de tramas “tradicionales”, que son utilizados por las personas para dar sentido a sus historias y a los de otros y que se transmiten y actualizan en la literatura, el cine, las telenovelas, etc. Estas son las narrativas dominantes. Una de las características de estas narrativas dominantes es que a pesar de que constituyen verdaderos multiversos de interpretaciones, permiten construir “capital” simbólico. Un elemento de la teoría de Bourdieu que quizá está ausente en la propuesta de Somers. Las narrativas no sólo sirven para dar un sentido a la propia existencia sino para valorizarla en términos simbólicos frente a la sociedad. Esto crea incentivos para la adherencia y actualización a narrativas dominantes, incluso cuando no se adecuan a la experiencia de vida de las personas.

Aquí se propone que un esquema de las narrativas de transición a la adultez dominantes. De acuerdo con Salas y Cortéz, en las visiones normativas de estos procesos “el tránsito a la vida adulta solía asumirse como un proceso étápico donde la experimentación de eventos peculiares demarcaba la obtención de un renovado estatus personal definido por roles productivos y familiares” (2017:180).

Esquema 1. Esquema de las narrativas normativas de la transición a la adultez



Los estudios críticos a la trayectoria normativa muestran que hay una considerable “desviación” en las experiencias de vida concretas que puede explicarse por la localización de los individuos “en proceso de transición” en entramados sociales más amplios, plagados de narrativas dominantes sobre el lugar de los individuos en estructuras sociales asimétricas. Si “la adultez no sólo acontece, sino que se produce” (2017:181), como señalan Salas y Cortéz, es necesario entonces explorar cómo es que la estructura social se refleja en las narraciones que hacen los individuos sobre su transición a la adultez. No se puede suponer que las instituciones que definen al sujeto adulto no estén atravesadas por discursos de género (y otros referentes a las demás fuentes de desigualdad, como la etnia). Es importante insistir en lo mencionado más arriba sobre que la adultez supone un estatus de privilegio que no podemos esperar que tenga una distribución equitativa en la sociedad.

En este trabajo se tratarán las transiciones a la adultez en relación a las siguientes instituciones: El Estado, el mercado y la familia. Esto no quiere decir que se agoten las relaciones en las que el individuo está expuesto a “procesos de adultez”, por ejemplo, como la religión también establece discursos sobre etapas de vida y adultez, un discurso que tiene un peso innegable en las escuelas religiosas. Es importante destacar que la separación que hacemos de las instituciones crea una falsa idea de fragmentación en la sociedad. Nada más alejado de nuestra postura “narrativa”. Como señala Somers, la “sociedad” (término que utiliza la autora para designar un “conjunto social” o *social setting*) es, un sistema en el que las instituciones covarían y se afectan mutuamente (1992:609). La variación coetánea no

está necesariamente en sincronía. En este sentido, el concepto de “*social settings*” permite entender el “cambio social” como una transformación en el tiempo de “*relationships among the institutional arrangements and cultural practices that make up one or more social settings*” (Somers, 1992:610), esta es una perspectiva interesante para entender los múltiples señalamientos y críticas que se han hecho a las trayectorias normativas de transición a la adultez. La división no es arbitraria pues se encontró que desde la perspectiva de la corriente de “transición a la adultez” se consideran, en general, dos ejes para observar dicho pasaje: el escolar-profesional y el familiar-matrimonial (Galland, 1996).

Formación, trabajo y familia: ¿definiciones de la adultez en pugna u organizadas por la división sexual del trabajo?

La transición a la adultez es concebida como un proceso de emancipación del núcleo familiar que es posibilitado por la adquisición de autonomía económica derivada de la entrada al mercado laboral. Esto implica una transformación en la localización social de las personas, que se acompaña del acceso a nuevos roles y estatus en el interior de distintas instituciones. Dicho proceso puede ser entendido como una narrativa: constelaciones de relaciones sociales que se anudan en la experiencia individual y se despliegan en el desarrollo biográfico, adquiriendo coherencia a partir de la narración que hacen los individuos de sus vidas, tejiendo secuencias de eventos que se seleccionan de acuerdo a las temáticas con las que se identifican a partir de sus marcos referenciales.

La transición a la adultez respecto al mercado se da por dos vías: el trabajo y el consumo. La trayectoria normativa supone que los individuos tienen una transición de la escuela al trabajo lineal y posterior al grado máximo del nivel educativo. Sin embargo, las investigaciones han apuntado a que esta “narrativa” es poco representativa de las trayectorias de muchos jóvenes. Patricia Meza Romero señala que en México, a pesar de que se observa un retraso del abandono escolar, en términos relativos, las cifras de México siguen siendo precoces para los jóvenes mexicanos (2012:4). La autora señala que los 15 años es la edad en donde se observa la caída más notable de la inscripción escolar (ídem). La salida de la escuela tiene como destino la formación de una nueva familia y/o la entrada al mercado laboral. El hecho de que muchos jóvenes abandonen la escuela a edades

tempranas deriva en situaciones de desventaja. Adicionalmente, se observa que es cada vez más común la combinación de trabajo y estudio, sobre todo en el caso de los varones (Mier y Terán, 2005 en Meza Romero, 2012:4).

Esta crítica a la linealidad confirma la importancia de la lógica secuencial en los estudios de trayectorias. Este concepto, que es central en el estudio de orientación narrativa, implica descentralizar la noción de causalidad para abordar las relaciones entre eventos desde una perspectiva de “secuencias”. No se trata de negar que la educación incida en el trabajo, sino entender que las distintas configuraciones de secuenciación entre la salida de la escuela y el acceso al mercado laboral son elementos claves para entender las transiciones a la adultez y su relación con la estructura social. Al hablar de “secuencias” es preciso introducir nuevos conceptos que dan cuenta de la dimensión temporal. Conceptos como las “dependencias del camino” (*path dependence*) nos permite entender la estabilidad y la generalización relativa de ciertas trayectorias, así como los conceptos como los “puntos de giro” y las “transiciones” nos permiten entender los cambios. En general, se habla de transiciones normativas cuando estas son transitadas por una porción mayoritaria de la población e implican expectativas sociales (Hareven y Masaoka, 1988:272), lo que Andrews llama “narrativas maestras”. Por otro lado, los puntos de giro (*turning points*) se definen como momentos de cambio significativo, de acuerdo con la percepción de las personas sobre su propia vida. Se identifican a partir de la evaluación que hacen los individuos sobre el impacto que tuvo tal evento en sus historias (ídem). Al tener esta orientación perceptual y subjetiva, podemos señalar que un evento marcador de transición puede o no ser un punto de giro, de acuerdo a la percepción de los narradores. Otro elemento a rescatar de este concepto es el señalado por Jost quien señala que los eventos de vida críticos “*not only change the course of life...but also the way of reflecting on experiences*” (Jost, 2012:126). Los puntos de giro, las conversiones, las bifurcaciones, son momentos de reflexividad y de innovación, e, incluso, de rupturas con narrativas dominantes.

Estos elementos permiten introducir lógicas temporales más complejas que inciden en la diferenciación por las desigualdades que se reflejan en las trayectorias. Las “secuencias” dan cuenta de cómo los eventos se relacionan entre sí en las narrativas de las personas, no en el sentido de los efectos de un evento sobre otro (o los patrones objetivos

de trayectorias), sino en la manera en que las personas les atribuyen una relación en el relato, cómo seleccionan los eventos y en términos de qué temáticas interpretan estos procesos. Recuperar esta dimensión implica devolver la dimensión “cultural” a las trayectorias. ¿Qué repertorios de tramas son usados, cómo son renovados y resignificados frente a los nuevos escenarios? Pero más allá de la selección de los eventos y su constitución en episodios en el marco de una trama por lo narradores es importante problematizar a mayor profundidad el concepto de temporalidad, tan importante en los estudios narrativos. Verónica Filardo, en un estudio sobre la perspectiva del tiempo de jóvenes uruguayos, parte de la idea de que hay una diferencia entre el tiempo matemático y tiempo social, basada sobre todo en la multiplicidad de este último. El tiempo social varía en función de la diferenciación social y las subjetividades. Las concepciones del tiempo son internalizadas por los individuos durante la socialización, es entonces cuando los individuos aprehenden el orden temporal de la sociedad (Filardo, 2013). La manera en la que se organiza el tiempo es una construcción cultural, que incide de manera directa en la experiencia de vida de las personas. En cierta medida, las narrativas dominantes sobre la transición a la adultez son “sistemas temporales” en tanto que ordenan la interacción de los individuos con las instituciones a la largo de un tiempo de vida. Filardo señala que la “variabilidad de los calendarios en los eventos vitales” de jóvenes entre 15 y 29 años muestran que los “tiempos institucionalizados” (las narrativas institucionales) han perdido “capacidad normativa para regular la vida de los sujetos” (2013:2). Filardo encuentra que las transformaciones sociales de los últimos tiempos han creado una “des-sincronización de los ciclos vitales de los sujetos y la edad cronológica con la que tradicionalmente se estableció una correspondencia que llegó a naturalizarse”, es decir, a establecerse como narrativa dominante. Esto se relaciona con factores externos como la desnaturalización de los procesos reproductivos debida a la universalización de los métodos anticonceptivos y de reproducción asistida (Filardo, 2013:3). Estos avances tecnológicos han mellado la correspondencia directa de las etapas de vida con los ciclos propiamente biológicos, pero también pueden ser fuente de una mayor desigualdad en las trayectorias de vida de personas en distintos grupos sociales, pues su distribución puede estar supeditada al cúmulo de capital social de las personas.

Asimismo, partir de la perspectiva narrativa, implica dar una mayor centralidad a la agencia. Flaherty (citado en Hitlin y Elder, 2007) señala que la agencia de los individuos se relaciona con su capacidad para moldear cómo experimentan el tiempo. Una manera de introducir la agencia en los análisis narrativos es a partir del tiempo. De acuerdo con Emirbayer y Mische (1998), las personas se encuentran simultáneamente en tres planos temporales: el presente, pasado y futuro. Las experiencias pasadas sirven al individuo como esquemas o repertorios de acción. Frente a situaciones nuevas, las personas tienen la posibilidad de actuar con referencia al pasado, lo que Emirbayer y Mische (1998) llaman el “elemento iterativo” de la agencia y que consiste en un proceso de esquematización que ante situaciones nuevas permite remitirse a repertorios de acción anteriores. Sin embargo, este elemento “iterativo” no niega la agencia, desempeñar un “papel social” siempre implica un nivel de esfuerzo y de decisión por parte de las personas, como menciona Heritage (citado más arriba). Asimismo, la innovación o el cambio pueden surgir de la proyección a futuro o de una lectura fresca de las posibilidades que abre el presente. Las situaciones nuevas pueden traducirse en procesos de innovación y transformación de los repertorios de acción. Asimismo, los viejos repertorios, expresados en términos de lugares comunes, tropos o representaciones sociales en las narraciones, están siempre dotados de un margen de ambigüedad que les permite ser reutilizados o extendidos a situaciones nuevas. Michael Herzfeld (2005) rescata la importancia de la ambigüedad de los tropos y lugares comunes para tener estabilidad en el tiempo, el margen de traducción que hace posible que sea utilizado y reutilizado frente a nuevos escenarios. Es en este margen interpretativo que la agencia y la estabilidad de las representaciones sociales se encuentra. Este autor crea el concepto de la poética social para indagar cómo el significado de las representaciones sociales es negociado, cuestionado, renovado y sostenido a través del uso de metáforas y metonimias en el lenguaje cotidiano, que son posibles debido a su ambigüedad y abstracción. Esto les da vitalidad en el discurso cotidiano, pero también, les da permanencia. La poética social y la propiedad indexical de las representaciones permiten que en el discurso se expresen formas de dominación que no están “marcadas”, que no son conscientes y pasan por evidentes para el sentido común.

Estos elementos nos ofrecen un acercamiento particular a la transición a la adultez, que en la narrativa dominante se presenta como una trayectoria normativa, respecto a la

cual las instituciones y la sociedad sostienen expectativas. El éxito en esta transición acredita o válida socialmente a los individuos, impulsando su integración social. Así, cabría preguntarnos ¿cómo los individuos manejan las contradicciones entre sus historias de transición a la adultez y las trayectorias normativas?, ¿cómo utilizan las narraciones de manera innovadora, desafiante, metafórica, para acreditar su adultez a pesar de encontrarse en ruptura con las narrativas dominantes? Y más aún, ¿cómo las narrativas de género permean estas negociaciones con lo normativo?

La división sexual del trabajo juega un papel importante en esta diferenciación de las transiciones. Meza Romero hace una amplia revisión de investigaciones sobre transiciones a la adultez de jóvenes mexicanos. Señala que el abandono de la escuela por parte de mujeres jóvenes mexicanas se relaciona más con la constitución de un nuevo hogar (primer hijo, matrimonio, etc.) que con la inserción laboral, mientras que para los varones la conformación de una unión conlleva el abandono escolar para buscar una inserción laboral que le permita cumplir el papel de proveedor del hogar. Esto se liga con el hecho de que, en el mercado y en las familias, coexisten discursos diferenciados para entender la transición a la adultez según el género, lo que ocasiona que “hacerse” mujer u hombre para hablar de adultez, conlleve expectativas distintas a partir de la diferencia sexual.

La división sexual del trabajo configura las expectativas que se tienen sobre el desarrollo de los varones y las mujeres. Estas son las redes de interlocución en las cuales se define el sujeto social adulto. Entonces, hablar de “adultez” en términos universales suprime las distinciones que se dan en distintos niveles sobre la manera en que mujeres y varones acceden a la adultez y significan sus nuevas localizaciones sociales: ¿qué implica acceder a la adultez desde el cuidado, el trabajo no remunerado, la precariedad, posiciones que no vienen acompañadas necesariamente de mayor autonomía económica?, ¿cuáles son las características de las narrativas que se construyen para explicar estas transiciones?, ¿qué eventos se seleccionan para relatar y marcar la adultez en los casos en donde no se tiene un acceso efectivo a autonomía económica?

Una hipótesis podría ser que, para una porción de las mujeres, la constitución de una nueva familia prevalece sobre las dinámicas de adquisición de autonomía económica, como la inserción laboral, en sus narrativas. Esto contrapone la autonomía con la emancipación. Es posible que la diferencia entre las narrativas públicas sobre la adultez femenina se

relacionen más con la emancipación del hogar familiar, mientras que las de los varones estén definidas por la autonomía económica. Estas distinciones conllevan una concepción distinta sobre el sujeto social adulto desde una perspectiva de género. No se trata sólo de desviaciones de la normatividad ocasionadas por las desventajas materiales relativas al género, sino de la coexistencia de narrativas diferenciadas, en donde, incluso los casos en que las mujeres se mantienen en las vías de las trayectorias normativas, estas no tienen el mismo valor social, ni se interpretan de la misma manera, que en el caso de los varones.

Gran parte de los roles que se les atribuyen progresivamente a las mujeres durante su desarrollo están relacionadas a actividades de cuidado y trabajo no remunerado en el hogar. Muchas veces, estas tareas son adquiridas precozmente en el seno familiar, socializadas a través de prácticas cotidianas y anodinas como la división sexual de tareas al interior del hogar. Ana María Tepichin señala que “la división sexual del trabajo se ha revelado como una de las manifestaciones más evidentes de las relaciones jerárquicas en el hogar” (2016:92). La permeabilidad de estas relaciones jerárquicas en el hogar no se limitan a organizar las relaciones entre marido y mujer, sino entre estos y los hijos y entre estos, como señala Meza Romero: “diferencias por sexo indican que las mujeres dejan más temprano la escuela que los varones, y ellas se orientan a las actividades del hogar. Por el contrario los varones comienzan las actividades laborales a edades más precoces y en mayor proporción (Arnejo, 1999; CONAPO, 2000; IMJ, 2000)” (2012:5). Las responsabilidades se reparten entre la descendencia en consideración de concepciones de género. Este punto es ilustrativo de la perspectiva de Mouffe, sobre la relevancia de identificar las situaciones y lugares en que la categoría “mujer” se traduce en relaciones de subordinación, más que cómo una categoría esencial.

Esta organización jerárquica del hogar también organiza las expectativas y la interpretación y la valoración que se hace desde el núcleo familiar del “desarrollo” de las y los hijos que se encuentran transitando a la adultez. Estas narrativas no se “extinguen” con la emancipación familiar sino que acompañan a las personas hasta donde las familias estén presentes en su vida, lo que es en la mayoría de los casos, durante toda la historia de vida. Es posible que la división sexual del trabajo se extienda a estas expectativas. La familia puede valorar las narrativas de vida de las y los hijos en términos de los esquemas narrativos que ligan la adultez femenina “acabada” con la familia y la crianza, y la

masculina con el trabajo y la proveeduría de recursos. Si tomamos la familia como una de las instituciones que “acreditan” la adultez, su reconocimiento está mediado por las narrativas de género que tienen sobre este proceso.

En cuanto al mercado, se sostiene que el sujeto social “adulto” se construye por dos vías: el consumo y el trabajo. El evento más importante para esta narrativa es el primer empleo. Se sostiene que, debido a las transformaciones sociales y económicas más recientes, las narrativas públicas sobre adultez han vivido transformaciones importantes, dando lugar a la coexistencia de narrativas en tensión. Por ejemplo, los debates intergeneracionales del “enfrentamiento” entre los “baby-boomers” y los “millennials” se han convertido en el escenario de expresión de dichas tensiones en Estados Unidos.

No obstante, la adultez reconocida por el mercado está mediada por la adquisición de la autonomía económica. Ya vimos que ciertas definiciones y patrones familiares llevan a las mujeres a seguir trayectorias de vida más orientadas a la familia que hacia el ingreso al mercado laboral. No obstante, esto no significa que la lógica de mercado no esté permeada por contenidos de género sobre la transición a la adultez. La división sexual del trabajo permea en la distribución de profesiones entre varones y mujeres de acuerdo a formas de significar genéricamente estas profesiones (por ejemplo, la masculinización de la ingeniería y la feminización de la psicología), las legislaciones laborales pueden desincentivar el crecimiento profesional femenino al no incorporar las necesidades femeninas relativas a la reproducción así como la participación masculina en el hogar, e incluso, la construcción desde el mercado del sujeto adulto consumidor femenino puede estar impulsando una imagen de la mujer como responsable de las tareas reproductivas del hogar. Todo esto parece indicar, que el reconocimiento discursivo del sujeto adulto desde el mercado está repleto de significaciones de género que se oscurecen al hablar del género como algo que sólo afecta, como un factor externo, la transición a la adultez vía las condiciones de desigualdad. En realidad, estamos hablando de esquemas de valoración y estructuras narrativas diferenciadas de transición a la adultez que se evidencian en los tropos narrativos utilizados de manera cotidiana: “hacer hombre/hacerse mujer”.

Los que se observa hasta aquí es que, de manera generalizada, las narrativas de transición a la adultez tradicionales no están “en pugna” sino que, en la mayoría de los casos, se complementan y retroalimentan en el marco de un sistema de representaciones

ubicuo propiciado por la división sexual del trabajo. No obstante, las constantes transformaciones sociales de las narrativas públicas pueden llevar a una confrontación. Si las familias empiezan a desarrollar narrativas de mayor equidad al interior del hogar, estas estarán en pugna con aquellas que, desde el mercado y el Estado, impiden u obstaculizan los cambios y viceversa. Hay que buscar identificar qué elementos de las narrativas públicas de transición a la adultez utilizan la diferencia sexual para ocultar relaciones de dominación y buscar nuevas alternativas de narración donde esta diferencia no sea relevante, donde las legislaciones laborales no causen desigualdad con sus sesgos de género; donde el mercado no tenga incentivos para vender discursos de género a la par de sus productos; donde las familias reconozcan las jerarquías y las cuestionen. En resumidas cuentas, este apartado buscó recuperar la importancia de considerar los discursos de las instituciones respecto a la adultez y es un punto de partida interesante para explorar las narrativas individuales que se desarrollan en el marco de estas redes de interlocución.

Conclusión: Narrar la transición a la adultez desde el género

En la introducción de este trabajo nos preguntamos ¿cómo se entreteje el género en el discurso de la adultez de las instituciones y cómo las narraciones personales reflejan este diálogo? Asimismo, se mencionó que resultaba paradójico que todos los individuos llegan a considerarse adultos a pesar de encontrarse en coordenadas sociales desventajosas en términos de la distribución desigual de recursos ligados a la adultez. La discusión conceptual que se llevó a cabo a lo largo de los apartados anteriores nos permitió encontrar pistas de los caminos teóricos para responder a esta pregunta y descifrar la paradoja.

En primer lugar, encontramos que el concepto de identidad narrativa resulta útil para estudiar la imbricación de los dos procesos de identificación social que nos interesan. La identidad narrativa implica una aproximación “procesual” a los fenómenos sociales que nos interesan pues los individuos, en tanto que narradores, deben reconstruir sus vivencias en una estructura narrativa. En otras palabras, esta perspectiva nos permite entender el diálogo con narrativas públicas o dominantes que tiene lugar en los relatos individuales, reconociendo que estas narrativas maestras “llegan” a los individuos mediante un “espectro” de instituciones y prácticas “que constituyen el mundo social” (Somers, 1994:625). En esta misma línea, Mcnay (1999) señala que la aproximación a la identidad desde la narrativa evita caer en la dispersión de la subjetividad que plaga las propuestas

deconstructivistas y post-estructuralistas. Esto se debe a que dicha propuesta, a pesar de admitir la multiplicidad y la fragmentación de posiciones que ocupan las personas, no niega que el “yo” se pueda percibir de forma coherente a partir de la “interpretación narrativa de tiempo” (McNay, 1999:318), donde las contradicciones que cohabitan en el desarrollo biográfico se resuelven en la narración. Por lo tanto, la identidad es vista como una narración que se encuentra continuamente en diálogo con la experiencia vital y las redes de interlocución que la enmarcan. McNay sostiene que se trata de una “subjetividad frágil” atravesada por “contradicciones, conflicto y exclusión” (1999:317). La “identidad narrativa” permite evitar el estudio de identidades esenciales e incorporar la contingencia y la ambigüedad que siempre están presentes en una definición identitaria.

La narratividad nos lleva a entender que la experiencia de vida es incomprendible sin la imbricación de distintas identidades sociales. Sin embargo, en este punto se hizo patente la necesidad de hacer una distinción analítica entre lo personal y lo colectivo de las identidades. Mientras que lo primero hace referencia a esta narración individual que integra todas las adscripciones sociales de la persona en una estructura narrativa unitaria, la dimensión colectiva hace referencia a la dimensión discursiva de las identidades sociales. Las construcciones alrededor de las identidades sociales están sostenidas por redes intersubjetivas que se reproducen en el tiempo: las narrativas públicas. Su estabilidad es propiciada por formaciones institucionales y culturales que superan al individuo en distintos niveles: familiar, local, nacional, las priorizan, etc. y que pueden detentar discursos diversos e, incluso, contradictorios. Las narrativas personales están en diálogo continuo con estas narrativas públicas: las actualizan, las transforman, las adaptan, etc. Esto no significa que se trate de un proceso lineal de imposición sino un proceso temporal que invita a la innovación, donde el pasado y la experiencia de las normas cotidianas de regulación simbólica de las identidades se inscriben en el cuerpo pero se interpretan a la luz del presente y de las circunstancias. Cuando las experiencias de vida de las personas son representadas pobremente por las narrativas dominantes, es posible observar el surgimiento de contranarrativas que no se presentan como una oposición dicotómica de las narrativas maestras sino como relatos críticos, “*never fully oppositional nor untouched*” (en Andrews y Bamberg, 2004:2). Este es el margen de ambigüedad de las narrativas dominantes, donde las personas les adjudican nuevas interpretaciones que transforman o coexisten de manera

desafiante a las narrativas maestras. Es así que se logra resolver la paradoja inicial, sobre cómo los individuos, sin importar su lugar en la estructura social y las dificultades que enfrentan para integrarse a las narrativas dominantes, pueden llegar a considerarse adultos en algún momento. Sin embargo, esto también se nos presenta con un desafío empírico, pues se vuelve relevante reconstruir las narrativas personales para identificar las distintas interpretaciones de adultez que construyen las personas a partir de su experiencia de vida y su relación con el proceso de identificación de género.

Como se vio, el proceso de identificación de género se constituye por tres vías: la nominación, la identificación y la autoidentificación. La nominación hace referencia a las metanarrativas que ordenan la estructura de las relaciones de género en una sociedad y que sostienen un cierto habitus sexuado. Este habitus sexuado es el marco en el que se desarrolla un conjunto más o menos diverso de narrativas públicas sobre género sostenidas por distintas instituciones, que constituyen un espacio de intersubjetividad en el que las personas identifican a otras a partir de índices y dónde son identificadas. La interacción es el espacio donde emergen estas identificaciones. Finalmente, la autoidentificación corresponde con la narrativa personal, es el espacio donde el individuo interpreta narrativamente estas identificaciones, donde las significa y donde las reproduce, adapta o desafía. En las narraciones, se puede dar cuenta tanto de representaciones de expectativas reflexivas y superficiales como de reproducciones implícitas que surgen de disposiciones adquiridas de la interacción en un habitus sexuado específico. Estas disposiciones se adquieren en procesos de construcción de subjetividad de la persona a partir de la identificación propia y de otros con discursos de género. El concepto de “*gendered self*” es utilizado para describir un proceso continuo de creación y mantenimiento de la subjetividad, donde lo “masculino” y lo “femenino” no son categorías unívocas. Por el contrario, se puede encontrar una enorme diversidad de definiciones, de contranarrativas, que hacen referencia a modelos de género dominantes. La experiencia que tiene cada individuo de sí mismo supera ampliamente estas definiciones sociales, que sólo sirven al individuo como “rutas de acción”. Las personas pueden dar mayor o menor validez a ciertos atributos de estas definiciones en su actuar, que se buscan imponer a su identidad a partir de los procesos de nominalización e identificación que mencionamos arriba.

Este proceso inagotable de identificación de género tiene lugar en el marco de una construcción social de las etapas de vida. La transición a la adultez es un proceso social que da cuenta de la adquisición del individuo de un estatus social acabado, la adultez es concebida como un tipo de identificación (y autoidentificación) social. Se trata de un concepto que da cuenta de un tipo de relación de los individuos con las instituciones de la sociedad. En este trabajo se definieron las transiciones a la adultez como las narrativas dominantes del proceso de transformación de las relaciones de la persona respecto a ciertas instituciones, donde se trasmudan las expectativas y se les adjudica un nuevo reconocimiento como sujetos sociales. En este sentido, las narraciones personales develan la interpretación que hacen los individuos de la transformación de sus relaciones sociales con un abanico de instituciones sociales. ¿Cuáles son los eventos claves que seleccionan al narrar sus historias, cómo los secuencian y los valoran, cuál es la trama central de la historia? De esta reconstrucción dependerá el significado que le otorgan a la adultez, en ese margen de ambigüedad de las narrativas dominantes. Así, tenemos que las narraciones personales son un espacio privilegiado para explorar la imbricación entre estos dos procesos de identificación, pues en la narración de sus experiencias de vida, las personas deben enfrentar la ambigüedad de las narrativas dominantes, tanto de género como de adultez, y adaptarlas a sus vivencias.

El objetivo de esta propuesta teórica es servir de marco para una investigación empírica que busca analizar narrativas personales de varones y de mujeres que estudiaron en bachilleratos privados religiosos y laicos en Uruguay. Específicamente, se busca rescatar la estructura narrativa de mujeres y varones sobre la etapa de su vida identificada con la transición a la adultez –poniendo atención a eventos relativos a la formación, el trabajo y la familia–. Reconstruir la estructura narrativa permitirá analizar cómo las categorías “hombre” y “mujer” (aunadas a un sistema de principios organizadores de las relaciones sociales construido a partir de esta diferencia sexual) se construyen en la subjetividad de las personas. Siguiendo a Chantal Mouffe, el objetivo es explorar, desde narrativas personales, cómo la diferencia sexual se convierte en una distinción pertinente y pasa a sostener y reproducir relaciones de subordinación en un segmento específico de sociedad uruguaya: aquellos que estudiaron en escuelas privadas en la capital del país, Montevideo.

Estos cuestionamientos se sostienen en un supuesto, mencionado anteriormente en el trabajo, que se busca explorar: que la identificación (y autoidentificación) de género tiene lugar en el marco de los procesos de adquisición de responsabilidades y autonomía que definen las transiciones a la adultez. Es decir, que el proceso de construcción de un “*gendered self*” está influido por las experiencias asimétricas y diferenciadas que varones y mujeres experimentan durante la transición a la adultez. Vivencias que están en diálogo con los discursos institucionales y de pares, que producen identificación y que están presentes en la autoidentificación. El significado que le otorgan las personas a la adultez está influenciado por la interacción con las instituciones y las narrativas dominantes de género que estas sostienen. Se quiere aquilatar la pertinencia de dicho supuesto a partir de la investigación empírica, así como detallar los patrones y las maneras en que las personas dan cuenta de esto en sus narraciones.

La pregunta central de esta investigación es ¿cuál es el significado que varones y mujeres le atribuyen a la adultez a partir de sus vivencias? Para contestar esta pregunta tan amplia es preciso estudiar las estructuras de las narraciones personales tomando en cuenta cuáles son los eventos claves que se seleccionan al narrar; cómo se seleccionan, secuencian y valoran los eventos más importantes; respecto a qué trama se construye el relato; qué instituciones y personajes están presentes; cuáles son sus discursos; cuál es la postura del individuo respecto a estos; cuáles son las situaciones de interacción; cómo se cuentan y, sobre todo, si hay patrones diferenciados en los relatos de varones y de mujeres respecto a cada uno de estos puntos.

Para contestar esta pregunta, se analizarán, en un trabajo posterior, las narraciones de mujeres y varones egresados de escuelas privadas en Montevideo. Como se busca estudiar los relatos de transición a la adultez, se pretende seleccionar a personas que, por su rango de edad, tengan mayores probabilidades de haber transitado por los eventos que normativamente marcarían el paso a la adultez (relativos a la formación, trabajo y familia). El tramo de edad va de los 29 a los 36 años. Según datos del Ministerio de Salud, los 29 años es la edad en la mayoría de las personas con estudios terciarios, tanto mujeres como varones, en el área urbana de Montevideo han tenido su primer hijo. Por otro lado, los 36 años es la edad en que empiezan a caer las tasas de fecundidad.¹² Esto permite suponer que

¹² Consultado en http://www.msp.gub.uy/sites/default/files/archivos_adjuntos/Presentacion.pdf a 13/06/2018.

hay mayores probabilidades de que las personas entrevistadas hayan “superado” (objetivamente) la transición a la adultez.

Adicionalmente, se observó que en Montevideo existen 96 liceos privados, de acuerdo con el Anuario de 2016 del MEC (Ministerio de Educación y Cultura).¹³ Al menos 46 de estos liceos privados fueron fundados por diversas órdenes religiosas. Se hará una selección de liceos privados con una tradición religiosa y con una orientación laica para comparar ambos orígenes escolares, controlando por estrato socioeconómico del municipio y montos de escolaridad. De este modo, se espera homogeneizar, hasta cierto punto, el origen de los entrevistados. Esta homogeneidad es importante puesto que nos interesa observar la diversidad de estructuras narrativas derivada del género y del contexto cultural (religioso o laico) de origen. En estos contextos, se buscará analizar los patrones que surgen de las narraciones de transición a la adultez tratando de recuperar la interpretación que surge de los relatos de vida de las personas que se busca estudiar.

Bibliografía

- Anderson, E. (2000). *Code of the street: Decency, violence, and the moral life of the inner city*. WW Norton & Company.
- Andrews, Molly y Michael Bamberg, eds. (2004). *Considering Counter-narratives: narrating, resisting making sense*, John Benjamins Publishing Co. Amsterdam.
- Ballesté, I. R. (2015). ¿ Por qué dieciocho años? La mayoría de edad civil en el ordenamiento jurídico civil español. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, t. 49, pp. 129-154.
- Bamberg, M. 2007. Introductory remarks. In *Narrative—State of the Art*, ed.MBamberg, pp. 1–5. Amsterdam:Benjamins
- Baynes, K. (2010). “Self, Narrative And Self-Constitution: Revisiting Taylor's “Self-Interpreting Animals”. *The Philosophical Forum* (Vol. 41, No. 4, pp. 441-457.
- Beck, U. y E. Beck-Gernshiem (2002). *Individualization: Institutionalized individualism and its social and political consequences* (Vol. 13). Sage, Londres.
- Bolívar, Antonio & Domingo, Jesús (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. Forum Qualitative

¹³ Es una cantidad superior al número de liceos públicos que suman 57.

Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research [On-line Journal], 7(4), Art. 12. Disponible en: <http://www.qualitative-research.net/fqs-texte/4-06/06-4-12-s.htm> [Fecha de acceso: 2018, Mayo, 03].

- Bourdieu, P. (1989). La ilusión biográfica. *Historia y fuente oral*, 27-33. Arregui, J. V., & Basombrio, M. A. (1999). Identidad personal e identidad narrativa. *Thémata*, 22, 17-31.
- Bourdieu, Pierre (1989), “La ilusión biográfica”, *Historia y Fuente Oral*, núm. 2 (Memoria y Biografía), pp. 27-33
- Brockmier, J., & Harré, R. (1997). Narrative: Problems and promises of an alternative paradigm. *Research on language and social interaction*, 30(4), 263-283.
- Cánovas, C. J. E., & Amador, J. P. (2007). En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México. *Estudios demográficos y urbanos*, 43-77.
- Carr D. 1986. Narrative and the real world: an argument for continuity. *Hist. Theory* 25(2):117–31
- Casal, J., & García, M., & Merino, R., & Quesada, M. (2006). Itinerarios y trayectorias. Una perspectiva de la transición de la escuela al trabajo. *Trayectorias*, VIII (22), 9-20.
- Cedillo, P. (216), “El género como disposición: a propósito de la pluralidad interna del habitus sexuado”, en María de los Ángeles Pozas y Marco Estrada Saavedra (eds.), *Disonancias y resonancias conceptuales: investigaciones en teoría social y su función en la observación empírica*, México: El Colegio de México.
- Chase, S. E. (2003). Taking narrative seriously: Consequences for method and theory in interview studies. *Turning points in qualitative research: Tying knots in a handkerchief*, 3, 273-298.
- Clandinin, D. J., & Connelly, F. M. (2000). What do narrative inquirers do. *Narrative inquiry: Experience and story in qualitative research*, 48-62.
- Clark, K. B., & Clark, M. P. (1966). Emotional factors in racial identification and preference in Negro children. In *Mental Health and Segregation* (pp. 53-63). Springer, Berlin, Heidelberg.
- Coubès, M. L., & Zenteno, R. (2005). Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo. *Cambio demográfico y social en México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*.
- De Fina, A. (2003). Identity in narrative: A study of immigrant discourse (Vol. 3). John Benjamins Publishing.

- De Oliveira, O., & Mora Salas, M. (2008). Desigualdades sociales y transición a la adultez en el México contemporáneo. *Papeles de población*, 14(57), 117-152.
- Echarri Cánovas, Carlos Javier y Julieta Pérez Amador (2007), "En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 1 (64), pp. 43-77
- Emirbayer, M., & Mische, A. (1998). What is agency?. *American journal of sociology*, 103(4), 962-1023.
- Filardo, V. (2013). Calendarios y Perspectivas Temporales de los Jóvenes de Uruguay. In *Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología* (Vol. 18).
- Fine, M. (1994). Working the hyphens. *Handbook of qualitative research*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Georgakopoulou, A. (2007). Thinking big with small stories in narrative and identity analysis. *Narrative—State of the art*, 146-154.
- Giddens, Anthony (1995). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Given, J. (2014). The narrative construction and performance of identity. *Advances in Biographical Methods: Creative Applications*, 136, 55.
- Goffman, Erving (2008), *Estigma: la identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 2º edición.
- Gutiérrez, E., & Ríos, P. (2006). Envejecimiento y campo de la edad: elementos sobre la pertinencia del conocimiento gerontológico. *Última década*, 14(25), 11-41.
- Hareven, T. K., & Masaoka, K. (1988). Turning points and transitions: Perceptions of the life course. *Journal of family history*, 13(1), 271-289.
- Hart, B. (1996). The construction of the gendered self. *Journal of family therapy*, 18(1), 43-60.
- Heilbrun, C. (1988). Writing a Woman's. *Life*. En Connelly, F. M., & Clandinin, D. J. (1990). Stories of experience and narrative inquiry. *Educational researcher*, 19(5), 2-14.
- Heritage, John. 1984. *Garfinkel and Ethnomethodology*. Cambridge, England: Polity Press
- Herzfeld, Michael (2005)[1947], *Cultural Intimacy: Social Poetics in Nation-State*, Routledge, Nueva York y Londres.
- Hitlin, S., y Elder, G. H. (2007). Time, self, and the curiously abstract concept of agency. *Sociological theory*, 25(2), 170-191.

- Inmujeres y UNFPA (2014), *Estadísticas de Género 2014: Avances y desafíos para la igualdad de género*, consultado en http://www.inmujeres.gub.uy/innovaportal/file/57783/1/estadisticas-de-genero-2014_web.pdf a 13 de junio de 2018.
- Jenkins, Richard (2014). *Social Identity*. Routledge. Nueva York, 4º edición.
- Jost, G. (2012). Biographical structuring through a critical life event: parental loss during childhood. *Biography and turning points in Europe and America*.
- Kraemer, D. J. (1992). Gender and the autobiographical essay: A critical extension of the research. *College Composition and Communication*, 43(3), 323-339.
- Labov W, Waletzky J. 1967. Narrative analysis: oral versions of personal experience. In *Essays on the Verbal and Visual Arts*, ed. J Helm, pp. 12–44. Seattle: Univ. Wash. Press
- Latour B., Woolgar S. 1986. *Laboratory Life: The Construction of Scientific Facts*. Princeton, NJ: Princeton Univ. Press.
- MacIntyre A. 1981. *After Virtue: A Study in Moral Theory*. Durham, NC: Duke Univ. Press
- Marichal, F., & Quiles, M. N. (2000). La organización del estigma en categorías: actualización de la taxonomía de Goffman. *Psicothema*, 12(3).
- Marichal, F., & Quiles, M. N. (2000). La organización del estigma en categorías: actualización de la taxonomía de Goffman. *Psicothema*, 12(3).
- McInay, Lois (1999) « Gender and narrative identity », *Journal of Political Ideologies*, núm 4, pp. 315-336)
- McInay, Lois (2000). Gender and narrative: Ricoeur on the coherence of the self. En: *Gender and Agency. Reconfiguring the Subject in Feminist and Social Theory*. Polity Press. UK
- Mead, G. H. (1953). Espiritu, persona y sociedad: desde el punto de vista del conductismo social. *Buenos Aires: Editorial Paidós*.
- Mora Salas, M., & Oliveira, O. (2009). Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades. *Estudios Sociológicos*, XXVII (79), 267-289.
- Mouffe, Chantal y Moreno, Hortensia (1993), "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical", *Debate Feminista*, núm. 4 (7), pp. 3-22.
- Oliveira, O. D., & Salas, M. M. (2011). Las diversas formas de hacerse adulto en México: diferencias de clase y género a principios del siglo XXI en Ana María Tepichin (coord.) *Género en contextos de pobreza, México, Programa*

Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 35-55.

- Polletta, F., Chen, P. C. B., Gardner, B. G., & Motes, A. (2011). The sociology of storytelling. *Annual Review of Sociology*, 37, 109-130.
- Richardson, L. (1990). Narrative and sociology. *Journal of contemporary ethnography*, 19(1), 116-135.
- Riquer Florinda y Ana María Tepichin (2001), “Mujeres jóvenes en México. De la casa a la escuela, del trabajo a los quehaceres del hogar” en E. Pieck (coord.) *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*, Universidad Iberoamericana/ UNESCO, Cinterfor/OIT, pp. 493-525.
- Romero, Patricia Meza (2012) “Transiciones a la salida de la escuela: trabajo y/o familia Caminos diferenciados entre mujeres y varones mexicanos” consultado en <http://www.somede.org/xireunion/ponencias/Otras%20tematicas/74Texto%20SOMEDE%202012%20PATRICIA%20MEZA.pdf> a 31/04/2018.
- Simmel, Georg ([1908] 2014a). “Digresión sobre el adorno”. En *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*, 394-399. México: Fondo de Cultura Económica.
- En Sabido Ramos, O. (2017). Georg Simmel y los sentidos: una sociología relacional de la percepción. *Revista mexicana de sociología*, 79(2), 373-400
- Simon, W., & Gagnon, J. H. (1984). Sexual scripts. *Society*, 22(1), 53-60.
- Smith-Rosenberg, Carroll. “Writing History: Language, Class, and Gender” *Feminist Studies/Critical Studies*. Ed. Teresa de Lauretis. Bloomington: Indiana UP, 1986, 31-54.
- Somers M. (1994). The narrative constitution of identity: a relational and network approach. *Theor. Soc.* 23:605–49.
- Somers, M. R. (1992). Narrativity, narrative identity, and social action: Rethinking English working-class formation. *Social Science History*, 16(4), 591-630.
- Squire, C. (2013). From experience-centred to socioculturally-oriented approaches to narrative. *Doing narrative research*, 47-71.
- Taylor, C. (1996), *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*, Paidós, Barcelona.
- Tepichin Valle, Ana María (2016), *Conocimiento de la pobreza desde un enfoque de género: propuesta de marco analítico*”, Ciudad de México: El Colegio de México/CES/PIEM.
- Tuirán, R. (1999). La transición demográfica y el curso de vida de las mujeres mexicanas: los desafíos presentes y futuros. *Consejo Nacional de Población, La situación demográfica de México*.

- Viveros Vigoya, Mara (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, núm. 52, pp. 1-17.
- West, C. y Don H. Zimmerman (1987), “Doing Gender”, *Gender and Society*, vol.1, núm. 2, pp.125-151.
- White H. (1980). The value of narrativity in the representation of reality. *Crit. Inq.* 7:5–27